

LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Más allá del principio de placer

Silvia Beatriz Zanelli
Juan Carlos Cosentino
(coordinadores)

COLECCIÓN UAI - INVESTIGACIÓN

UAI EDITORIAL

teseo 

LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Silvia Beatriz Zanelli y Juan Carlos Cosentino
(coordinadores)

La clínica psicoanalítica

Más allá del principio de placer

Colección UAI – Investigación

UAI EDITORIAL

teseo 

La clínica psicoanalítica : más allá del principio de placer / Silvia Beatriz Zanelli ... [et al.]; coordinación general de Silvia Beatriz Zanelli; Juan Carlos Cosentino. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad Abierta Interamericana, 2016.

100 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-723-093-2

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. 3. Clínica Psicoanalítica. I. Zanelli, Silvia Beatriz II. Zanelli, Silvia Beatriz, coord. III. Cosentino, Juan Carlos, coord.

CDD 150.195

© UAI, Editorial, 2016

© Editorial Teseo, 2016

Teseo - UAI. Colección UAI - Investigación

Buenos Aires, Argentina

Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a: **info@editorialteseo.com**

www.editorialteseo.com

ISBN: 9789877230932

Autoridades

Rector Emérito: Dr. Edgardo Néstor De Vincenzi

Rector: Dr. Rodolfo De Vincenzi

Vice-Rector Académico: Dr. Mario Lattuada

Vice-Rector de Gestión y Evaluación: Dr. Marcelo De Vincenzi

Vice-Rector de Extensión Universitaria: Ing. Luis Franchi

Vice-Rector de Administración: Dr. Alfredo Fernández

Decano Facultad de Psicología: Lic. Fernando Adrover

Comité editorial

Lic. Juan Fernando ADROVER

Arq. Carlos BOZZOLI

Mg. Osvaldo BARSKY

Dr. Marcos CÓRDOBA

Mg. Roberto CHERJOVSKY

Mg. Ariana DE VINCENZI

Dr. Roberto FERNÁNDEZ

Dr. Fernando GROSSO

Dr. Mario LATTUADA

Dra. Claudia PONS

Los contenidos de los libros de esta colección cuentan con evaluación académica previa a su publicación.

Presentación

La Universidad Abierta Interamericana ha planteado desde su fundación en el año 1995 una filosofía institucional en la que la enseñanza de nivel superior se encuentra integrada estrechamente con actividades de extensión y compromiso con la comunidad, y con la generación de conocimientos que contribuyan al desarrollo de la sociedad, en un marco de apertura y pluralismo de ideas.

En este escenario, la Universidad ha decidido emprender junto a la editorial Teseo una política de publicación de libros con el fin de promover la difusión de los resultados de investigación de los trabajos realizados por sus docentes e investigadores y, a través de ellos, contribuir al debate académico y al tratamiento de problemas relevantes y actuales.

La *colección investigación TESEO - UAI* abarca las distintas áreas del conocimiento, acorde a la diversidad de carreras de grado y posgrado dictadas por la institución académica en sus diferentes sedes territoriales y a partir de sus líneas estratégicas de investigación, que se extiende desde las ciencias médicas y de la salud, pasando por la tecnología informática, hasta las ciencias sociales y humanidades.

El modelo o formato de publicación y difusión elegido para esta colección merece ser destacado por posibilitar un acceso universal a sus contenidos. Además de la modalidad tradicional impresa comercializada en librerías seleccionadas y por nuevos sistemas globales de impresión y envío pago por demanda en distintos continentes, la UAI adhiere a la red internacional de acceso abierto para el conocimiento científico y a lo dispuesto por la Ley n°:

26.899 sobre *Repositorios digitales institucionales de acceso abierto en ciencia y tecnología*, sancionada por el Honorable Congreso de la Nación Argentina el 13 de noviembre de 2013, poniendo a disposición del público en forma libre y gratuita la versión digital de sus producciones en el sitio web de la Universidad.

Con esta iniciativa la Universidad Abierta Interamericana ratifica su compromiso con una educación superior que busca en forma constante mejorar su calidad y contribuir al desarrollo de la comunidad nacional e internacional en la que se encuentra inserta.

Dra. Ariadna Guaglianone
Secretaría de Investigación
Universidad Abierta Interamericana

Índice

Nota de edición.....	15
Introducción	17
<i>Silvia Beatriz Zanelli</i>	
1. La clínica psicoanalítica y el “más allá del principio de placer”	21
<i>Lila Isacovich</i>	
2. Clínica psicoanalítica: una cuestión de límites.....	29
<i>Silvia Beatriz Zanelli</i>	
3. Los ojos de Buda	45
<i>Cynthia Acuña Matayoshi</i>	
4. De tal padre.....	51
<i>M. Lucía Silveyra</i>	
5. La pulsión de placer	59
<i>Juan Carlos Cosentino</i>	
6. La repetición como acontecimiento actual.....	79
<i>Juan Carlos Cosentino</i>	

Nota de edición

Los escritos que integran el presente volumen se inscriben en el marco de las jornadas *La clínica psicoanalítica y el “más allá del principio de placer”*, realizadas en la Facultad de Psicología y Relaciones Humanas de la UAI durante los días 29 y 30 de mayo de 2015.

El objetivo de estas jornadas estuvo centrado en la presentación a la comunidad universitaria y profesional en general de las producciones vinculadas con el proyecto de investigación denominado *Clínica psicoanalítica y más allá del principio de placer*.¹ Su desarrollo, con la apertura a cargo de Silvia Zanelli referida a la clínica analítica y sus límites, dio lugar a las siguientes presentaciones:

S. Freud, *Más allá del principio de placer*. Manuscritos inéditos y versiones publicadas. Texto bilingüe. Edición y comentarios Juan Carlos Cosentino, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2015, a cargo de Lionel Klimkiewicz y Jorge Dorado. La noción de tiempo y espacio en Kant y en Freud, Diego Rodríguez; Antecedentes del giro de 1920, Lila Isacovich; De tal padre, M. Lucía Silveyra; Los ojos de Buda, Cynthia Acuña; De cómo mal entender a Freud, Lara Lizenberg; Patologías en la infancia, Andrea Penon; Una formulación no habitual: la pulsión de placer, Juan C. Cosentino; ¿Sabes contar? Todo cuenta, Graciela Kahanoff.

El comité científico y de evaluación que otorgó el auspicio a las actividades involucradas estuvo integrado por los siguientes académicos: Carlos J. Escars, Doctor en Psicología, UNLP, Profesor Titular de Teoría Psicoanalítica,

¹ Proyecto de Investigación Bianual 2014-2016, de la Facultad de Psicología y Relaciones Humanas de la UAI. Director: Dr. J. C. Cosentino.

UNLP; Patricia Castillo, Doctora en Psicología, Universidad Paris VIII, Magíster en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UBA, Académica de la Escuela de Psicología de la Universidad Diego Portales, Chile; Anna Carolina Lo Bianco, PhD en Sociología, London Univerity, Inglaterra, Doctora en Psicología, Pontificia Universidade Católica do Río de Janeiro, Profesora en Instituto de Psicología, UFRJ, Río de Janeiro, Brasil; Isabel Goldemberg, Especialista en Psicología Clínica Infantil, UBA, Miembro del Comité Académico de la Especialización en Clínica Psicoanalítica, Facultad de Psicología y Relaciones Humanas, UAI; Susana Splendiani, Doctora en Psicología, UNR, Prof. Titular de Psicoanálisis y psicopatología, Facultad de Psicología, UNR; Hilda Karlen, Magíster en Psicoanálisis, Universidad Kennedy, Directora de la Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua, Mendoza.

Introducción

SILVIA BEATRIZ ZANELLI

Con el amanecer de *Más allá* la norma de placer encuentra su fundamento tornándose irrealizable la aspiración al todo. La pregunta por el displacer atraviesa el escrito de 1920 e interroga el poderío ilimitado del principio de placer. Eros es campo de libido, Thánatos es su obstáculo. Si no hay relación sexual, sólo lo es en tanto la Cosa freudiana tiene la propiedad de ser a-sexuada. Aquí encuentra su fundamento en tanto la muerte es para la vida su riel.

Si la función fálica, por la que se inscribe todo sujeto, no confiesa su esencia, la fecundidad de más allá conduce a un punto negativo que no es sin la pulsión de muerte. Trazo negativo que, allende del lenguaje, marca la repetición como tal. Así es que, si lo universal se enuncia para ser negado, hay allí anudamiento y la norma encuentra su fundamento en la marca que se sustrae del campo en que es producida. Se avizora una estructura subjetiva que será difícil atravesar, salvo cuando es dicha a-sexuada. Es en la retroacción donde la caída de saber hace que el sexo se anude a la muerte. Allí, en ese punto, el sujeto identificado al significante, pero despegado de él se equipara a la falla del discurso. Un efecto de pérdida ha sido posible, y el sujeto encuentra en el exilio subjetivo su morada real.

Más allá escande el cuerpo de la argumentación freudiana promoviendo corte y recomienzo con una nueva luz. Quizás, un brillo despierta acotando el riesgo del imperio de lo verdadero que adormece. Riesgo advertido en

relación al síntoma en cuya malla se refugia un goce que es necesario remover para redistribuirse de un modo que abone a favor del bienestar del sujeto.

Despunta en el horizonte un más allá del reconocimiento del deseo como deseo del Otro. Sin olvidar que el Otro es en su fundamento radicalmente otro, los puntos nodales anticipan el lugar que, en tanto verdad de la división, el sujeto tendrá que devenir su agente para instalarse como tal. Algo resiste a que se diga cualquier cosa. Un nódulo exterior al campo en que se produce orienta la legalidad de lo sobredeterminado que recusa todo sentido y arbitrariedad.

Del cumplimiento del deseo al sueño como intento despunta en el horizonte un tropiezo despertante que sin ninguna clase de sentido impone en ese punto algo impropio para ser realizado. Sólo en virtud de la repetición conjugada al reencuentro podemos reflexionar sobre la afirmación lacaniana de que todo sueño es una pesadilla moderada (Lacan, 1975-76). El proceder inconsciente no satisface una relación armónica entre pensamiento y ser. Con el más allá el ser se reafirma en el olvido. Olvido primordial sin el cual no habrá historicidad posible.

Alumbra allí la función del objeto perdido. Sólo hay pérdida cuando *Eso* toca en el encuentro contingente. En el núcleo de la repetición, la marca negativa hace que el hallazgo no clausure la búsqueda y se relance indefinidamente. Hay “diferencia entre el placer de satisfacción encontrado y el exigido” (Freud, 1920). Ahí el defecto se solidariza con la división del sujeto en tanto enunciación deseante.

Si el deseo es su interpretación ¿qué deviene el deseo *más allá*? Cuentan efectos que no son sólo de sentido. Es necesario otro aire que conduzca a una existencia más allá de la determinación significativa. En el retorno deviene audible el trazo sin-

gular por el cual se alcanza algún fragmento de lo real. Como intento de realización de deseo, prueba que el sueño conduce a la raíz, esto es, a lo imposible como imposible despertar a lo real. Por eso para Lacan todo sueño es una pesadilla moderada. Si cuenta lo morigerado, es posible que *Eso* se soporte en las formaciones del inconsciente, esto es, en el campo de la realidad psíquica.

Así pues, de la escucha Freud desgajó un trazo que, en tanto rasgo conservador de la pulsión de muerte, pasó a constituirse en el principio del campo subjetivo. De lo universal a lo singular es el camino que promete la reversión de sus avances en el abordaje clínico de la neurosis de transferencia. Reversión que lejos de anular lo precedente lo redirecciona pero anudado. Con la pulsión de muerte, la novedad es que la repetición conduce a lo inanimado, que es metáfora de goce. Más allá de lo reprimido, en lo inconsciente, hay cosas que hacen nudo. Ahí, la legalidad del proceder inconsciente encuentra su justificación en un núcleo que resiste irreductible donde el sujeto se instituye como tal. Puntos nodales que recusan la mera habladuría.

Si el sujeto se produce como efecto de significante pero despegado de él, la negatividad del *Fort* brinda testimonio de ello. Su repetición en soledad, conjugada a la experiencia impresionante, sobrepasa el límite del placer. Ahí la pérdida en acto promete la emergencia de un sujeto que en la retroacción devenga efecto de sentido pero también de sentido rechazado. Si el sujeto se constituye con el aparato del rasgo, el *Fort-da* deviene saber escandido por los significantes. Allí es posible que como sujeto emerja, en la retroacción, representado por su división pero también en su pérdida. Así pues, la función del agujero promete, con la propia dimisión, el acceso a un goce cuya sabiduría soporta a la vida sobre el carril de una muerte devenida legal.

La clínica psicoanalítica y el “más allá del principio de placer”

Antecedentes del “giro” de 1920

LILA ISACOVICH

La caída del principio de placer como rector del funcionamiento psíquico tiene sus antecedentes en el cuerpo teórico freudiano.

Más allá del principio de placer (Freud, 1920) marca un giro en la conceptualización freudiana a partir —como cada vez que revisa sus ideas— de los obstáculos encontrados en su práctica. Este giro de 1920 da cuenta de los fenómenos clínicos que le impiden seguir sosteniendo el principio de evitación del displacer y la búsqueda de la homeostasis como rectores del decurso psíquico. Los sueños de despertar —por irrupción de un peligro exterior—, los sueños de angustia y la angustia automática manifiestan esa ruptura.

En el *Proyecto* (Freud, 1895) se había definido los restos de las vivencias de satisfacción y de dolor como los afectos o estados de deseo, que dejan como secuela motivos compulsivos.

Del estado de deseo se sigue directamente una atracción hacia el objeto de deseo y su respectiva huella mnémica. Y los correlatos de la experiencia:

- la irreductible escisión entre objeto externo e interno;
- el deseo que en su búsqueda encuentra siempre esa diferencia porque el objeto está perdido;
- esa pérdida funciona como causa que relanza el movimiento;
- se pierde la identidad entre la marca y el objeto.

Del dolor resulta una repulsión, una defensa primaria o represión. En ambos casos la traducción a los signos de la nueva fase está inhibida.

Veinticinco años antes de *Más allá*, en la *Carta 52*:

a menudo nos empeñamos en vano contra unos recuerdos de máximo displacer [...] al despertar desprende un displacer nuevo, entonces no es inhibible (Freud, 1896: 276).

Antecedente directo de los fenómenos que releva en 1920, que repiten lo displacentero. Esta constatación contradice el principio de evitación del displacer, salvo que admitamos que esa insistencia expresa el reiterado fracaso del intento de tramitación psíquica por la vía de la significación y el olvido.

El recuerdo se comporta en tal caso como algo actual. Y ello sólo es posible en sucesos sexuales, porque las magnitudes de excitación que ellos desprenden crecen por sí solas con el tiempo (Freud, 1896: 276-7).

Vale decir que lo sexual, con las sucesivas repeticiones, se potencia en lugar de desgastarse. Por eso mismo no pierde vigencia y se comporta como actual, porque no obtiene traducción a palabra. Términos tan sugestivos como recuerdos actuales o “recuerdos de lo que nunca fue olvidado” (Freud, 1914: 151) aluden a lo que no retorna

de lo reprimido porque no pertenecen a lo *Icc* reprimido sino al llamado *Icc* estructural, que permanece inalterable, inaccesible e irreductible.

De allí parten las patologías “actuales”, que Freud ya había aislado en esta época, justamente porque son actuales en cualquier época: neurosis actuales, narcisistas, patologías del acto, neurosis de angustia (hoy ataques de pánico).

Lo no ligado traumático, como componente estructural de las neurosis de transferencia en las psiconeurosis funciona como causa del trabajo psíquico, porque son aquellas trazas hipertensas que no han podido ser transferidas en calidad de representaciones y por ende retienen restos perceptivos (lo visto, lo oído) que conservan caracteres sensoriales hipernítidos.

Las expresiones clínicas las podemos encontrar en los sueños: tanto en los de despertar por irrupción de un peligro o estímulo exterior, como en los sueños de angustia.

Dentro del primer grupo: por ejemplo, el sueño de Maury (Freud, 1900: 491-4), donde el dosel de su cama —que efectivamente cae sobre su nuca— está representado en su sueño por la guillotina y la cabeza separada del tronco que introduce el indecible horror.

O en “el sueño de *Hussiatyn*” (Freud, 1900: 244-7), donde la persistente tos de su mujer se traduce en el sueño por *Hussiatyn*, *Hussiatyn*, *Hussiatyn*, que toma del alemán la voz “*husten*”, que quiere decir toser.

No es azaroso el sueño que elige Freud para presentar el esquema del peine, la primera tópica: el sueño del “Padre ¿no ves que ardo?” (Freud, 1900), ya que en él, excepcionalmente, coinciden la percepción del ruido del cirio al caer con la producción de la frase del sueño.

El fuerte resplandor dio sobre los ojos del durmiente a través de la puerta que él había dejado abierta, y le sugirió la misma conclusión que habría extraído en la vigilia: una vela volcada había provocado un incendio cerca del cadáver (Freud, 1900: 504).

Tanto el ruido como el resplandor son percibidos. Estas percepciones se vuelven traumáticas porque adquieren especial intensidad, no significadas o subjetivadas, conservan los signos sensoriales de lo visto y lo oído.

Dice Lacan:

el niño muerto que toma a su padre por el brazo, visión atroz, designa un más allá que se hace oír en el sueño. [...] El despertar nos muestra el despuntar de la conciencia del sujeto en la representación de lo sucedido (Lacan, 1987: 67).

Más allá del sueño, de la frase pronunciada por el hijo muerto, lo que hay es lo que la producción onírica no alcanza a investir, a recubrir, a velar justamente cuando se trataba de velar al hijo. De lo real del golpe, en la realidad psíquica, no hay más que la voz del hijo, como repetición. La voz vale por lo real en el aparato y la frase del sueño intenta ligar con representaciones-palabra aquello que está por fuera en más de un sentido: exterior e interior al mismo tiempo. El ruido del cirio al caer y el resplandor impactan desde afuera, mientras que desde dentro las fuerzas pulsionantes y lo irrepresentable de la muerte exigen una tramitación imposible. Esta es la ambigüedad del despertar: nos despierta por un lado lo real, en ese poco de realidad que da cuenta de que no soñamos. Pero también nos despierta la otra realidad escondida tras la falta de lo que hace las veces de la representación: la pulsión por venir.

¿Qué moción de deseo —se interroga Freud— podría satisfacerse mediante ese retroceso hasta la vivencia traumática, extremadamente penosa? (Cosentino, 1998: 161). ¿Quién llama? Con el llamado se produce un punto de exterioridad en relación al campo del principio del placer (Cosentino, 1998: 153).

Estos sueños muestran la conjunción entre el llamado, la invocación del exterior (lo que despierta desde fuera) y ese otro llamado del tribunal superyoico que hunde sus raíces en lo pulsional inasimilable: el deber por cumplir, el castigo, la culpa que despiertan desde dentro y provienen de las tendencias masoquistas que sueldan el dolor y el placer.

Ya en el Proyecto (Freud, 1895) estaba anticipado que

el displacer por descuido del discernimiento (se refiere a los signos de realidad del pensar que articulamos a las fantasías pre-conscientes que provienen desde dentro) no es tan manifiesto como el que sobreviene si se ignora el mundo exterior, aunque en el fondo, ambos casos son uno y el mismo (Freud, 1895: 421).

Parece que la intuición de lo éxtimo —ese exterior-interior inasimilable, como Lacan conceptualizó al objeto *a*— también estaba anticipada tan tempranamente en Freud. La identidad de percepción entre el objeto externo y el interno irrumpe de una manera imperiosa (esa forma imperativa de la pulsión invocante) y despierta al yo para volver a instalarse en la vigilia y seguir soñando despierto, en el rearmado de la escena representacional o fantasmática, donde el yo puede reconocerse. Doble función del despertar: a una realidad constituida, representada, pero también a un real más allá del sueño.

En los sueños de angustia también fracasa la función del sueño de preservar el dormir y despiertan. Pero lo que angustia no puede ser borrado por el llamado de lo exterior.

En el *Sueño del diablo* (Freud, 1900: 576-7), el dormir quedaba interrumpido por un ataque de angustia con alucinaciones. En el sueño, el diablo le gritaba “¡ahora te tenemos, ahora te tenemos!” y lo hacía despertarse aterrorizado; primero no podía gritar y después recuperaba la voz y se le oía decir: “¡No, no, a mí no; yo no hice nada!” o también: “¡Por favor no, nunca más lo haré!” Lo que el trabajo analítico discierne es que el sueño expresa

una excitación sexual que su comprensión no puede dominar y el sueño no puede ligar [...]. En ese instante horroroso en que el soñante no puede gritar, ese llamado inasimilable se hace oír en el sueño pero cavando el silencio en que se precipita el grito. El grito pues no se oye, es mudo. [...] La angustia traumática suficientemente fuerte no encuentra aún una salida en la vocalización. [...] el nudo (en la garganta) conecta al deseo con la angustia, en el instante de la inminencia del objeto (Cosentino, 1998: 159-161).

Impresiones dolorosas de angustia, de prohibición, de desengaño, de castigo y de culpa que provienen de las tendencias masoquistas se hacen lugar en la elaboración onírica. Estos sueños buscan recuperar el dominio, por medio de un desarrollo de angustia, sobre las impresiones traumáticas que despiertan. ¿Qué despierta? La pulsión que emerge de la fijación traumática.

En el sueño de angustia del propio Freud: *Personajes con picos de pájaro*:

La interpretación llevada a cabo en el sueño mismo por la elaboración secundaria ha de haber sido, pues, que la madre moría... En esta angustia desperté... Pero esa interpretación secundaria del sueño se produjo ya bajo la influencia de la angustia desarrollada. No era que yo estuviese angustiado por haber soñado que la madre moría, sino que interpreté así al sueño dentro de la elaboración preconscious porque ya estaba bajo el imperio de la angustia. Ahora bien, mediando la represión, la angustia

admite ser reconducida a una apetencia oscura, manifestamente sexual, que en el contenido visual del sueño encontró buena expresión (Freud, 1900: 574-5).

De nuevo encontramos el intento de ligar por vía de la interpretación yoica del sueño en el pensamiento una angustia previa e independiente. El disfraz, aunque eficaz para encubrir lo que Freud interpreta como deseo incestuoso por la madre, sin embargo es insuficiente para preservar el dormir.

Marcas indelebles que restan significar, que aún no han obtenido significación, en tanto retienen restos sensoriales. Estos restos no provienen de la represión y sobrevienen cuando fracasa la defensa y estalla la angustia. Sin embargo, estos sueños, al reactivar los signos o las huellas de esta compulsiva repetición traumática, posibilitan, al mismo tiempo, una vía de acceso.

Bibliografía

- Cosentino, J. C. (1998). *Despertar: la temporalidad del objeto*, en *Angustia, Fobia, Despertar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *Carta 52*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Recordar, repetir y reelaborar*. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Tomo IV y V. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1987). *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Clínica psicoanalítica: una cuestión de límites

Demandas actuales, ¿nuevas patologías?

SILVIA BEATRIZ ZANELLI

Una lectura dialéctica e intertextual permite extraer con rigor la fecundidad de *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920). La experiencia clínica que dio origen a la teoría psicoanalítica advierte sobre el poder primario de una compulsión de repetición que lleva en dirección a la pulsión de muerte. Como punto de inflexión, marca un antes y un después en la conducción de la práctica y, a su vez, se constituye en principio del campo subjetivo.

Freud aborda los límites de una estructura que, guiada por el deseo como deseo del Otro, se avizora como no-toda. No todo es libido. El dualismo en 1920, con *Thánatos* como núcleo a-sexuado, es obstáculo a su aspiración ilimitada y anticipa la no relación sexual en tanto impropia para ser realizada. La sexuación no responde al orden natural. Ella solo es pensable entrecruzada y anudada a la muerte que es para la vida su riel. El falo no se justifica por la fisiología. Es la función del Padre la que decide las vicisitudes de la identificación sexuada en tanto significativa. Así, la inscripción de todo sujeto por la función fálica encuentra su límite. Al no confesar su esencia, ella, la mujer, al carecer de representante psíquico, le recuerda el no todo a la

función fálica. El encuentro con el falo imaginario requiere del pasaje al estatuto significante. Esto es, con el falo como símbolo de la falta habrá metáfora paterna. En virtud del pasaje aludido el falo deviene significante privilegiado del deseo en tanto lo es de un goce excluido. El significante de la falta en el Otro impone los límites de otro modo. ¿Cuáles son los antecedentes?

La posición metapsicológica de 1915 ha resuelto cómo opera la curación por el análisis. Empero, hay cuestiones que restan interrogando a Freud profundamente. Así pues, los efectos de algo otro inconsciente que no coincide con lo reprimido cuestionan el imperio de lo verdadero. Más allá de lo reprimido hay silencio, silencio de la pulsión de muerte que, en tanto Cosa a-sexuada, nos enseña que el saber ahí desfallece. No hay lenguaje del ser. La exploración de los sueños condujo al núcleo de nuestro ser, que, conjugado al olvido, deja sellado que ser no es más que olvidar. Lacan dirá no hay Otro del Otro. Se advierte así la insuficiencia de lo inconsciente reducido a lo reprimido. El síntoma histérico, en tanto bisexual, grita la no relación. Como sustituto denota lo fecundo de la inscripción significativa, cuestión que lo ofrece para su desciframiento en transferencia. Sin embargo, un riesgo se avizora cuando la curación misma puede devenir satisfacción sexual sustitutiva igual que el síntoma (Freud, 1919). A su vez, si bien es cierto que el éxito de la represión consiste en evitar el displacer empero, los casos de represiones fracasadas en los que un exceso perturba en demasía revisten, para el autor, mayor interés teórico. Como satisfacción que burla toda defensa se anticipa allí donde “otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo [...]” (Freud, 1915: 141).

Sin embargo, la reversión que conmueve los cimientos de la teoría no anula lo anterior. *Más allá* escande y anuda la teorización freudiana; es corte que recomienza con otra luz. Lo nuevo y asombroso que insiste como *displacer* es heterogéneo al placer de desear. Lo real despunta en el horizonte de *Más allá* interrogando el despliegue de la mera repetición significativa. Con el antecedente de la represión primaria es necesario que el significativo tome una posición que detenga, que fije. Se avizora un punto de discontinuidad que, haciendo apertura al fundamento es necesario poner en causa. Como tropiezo despertante, un nuevo lustre quiebra la opacidad de lo verdadero que adormece.

Así pues, que el universal se enuncie para ser negado es lo que introduce el rasgo conservador de la pulsión de muerte. En el capítulo tercero, la adscripción de lo reprimido a la compulsión de repetición da cuenta de un nuevo funcionamiento en el cual no se puede desconocer la acción primaria de Thánatos. El retorno de lo reprimido hace retornar el trazo que al ser escrito representa la marca del sujeto. La repetición conjugada al enraizamiento en el unario decide la entrada en lo real y convoca al sujeto de la enunciación, en tanto concernido a lo real.

Esperando la construcción de la segunda tópica, Freud dará cuenta de ese núcleo que resiste excluido del campo de la libido. Se avizora algo otro inconsciente que en el núcleo del yo opera como fundamento. El recorte de un cuerpo que “no es sólo una entidad de superficie sino en sí mismo la proyección de una superficie” (Cosentino, 2011) deviene allí soporte. Su capacidad escindible garantiza los límites normativos por los cuales en los bordes la sabiduría de un goce en pérdida honra la vida que, por la pulsión de muerte, es otra cosa.

Con estas cuestiones que impulsan la investigación hacia la articulación definitiva del yo y tomando los elementos que se avizoran en el más allá, concluimos que el renovado perfil de la clínica psicoanalítica conduce a interrogar sus límites. Más acá y más allá de la neurosis de transferencia son las cuestiones que conjeturamos.

Demandas actuales, ¿nuevas patologías? Como presupuestos estériles para el bienestar de un sujeto, la aspiración freudiana orientada a trascender lo meramente descriptivo le permitió, sirviéndose de sus maestros, ir más allá de los mismos. Su apuesta por una posición de escucha inédita lo condujo a desgajar un trazo que, en Nombre del Padre, contribuye a pensar los límites del campo analítico más acá y más allá de la neurosis de transferencia.

El sueño es un referente que atraviesa el texto acompañando, con el fracaso de su función, novedades insoslayables que rinden homenaje a la actualidad de este escrito para interrogar la clínica de hoy. Si cae la interpretación es tan sólo para desalojar a la misma de su equiparación a la mera repetición simbólica. El retorno de lo reprimido inconsciente hace retornar elementos cuya lectura en transferencia marca rasgos singulares que no son sin consecuencias para la redistribución del goce en la economía subjetiva. Es necesario tener una idea sensible de la satisfacción en el *displacer* como punto que sobrepasa cierta medida.

Esperando al masoquismo erótico primario, en los bordes, no se trata de transgresión sino desviación débil que irrumpe en campo prohibido.

Si el defecto es lo normativo y la aspiración al todo del principio de placer es irrealizable ¿bajo qué ley obtiene goce un sujeto? No es igual la pizca de placer signada por la entropía que el terror reiterado que torna imposible la posibilidad deseante. Si para Lacan *todo sueño es una*

pesadilla moderada (Lacan, 1975-76), empero, hay modos y modos de despertar. El sueño como pesadilla moderada vale como metáfora del fracaso inherente a la formación onírica y a la realización del deseo sólo pensable como intento. Sin embargo, la novedad de *Más allá*, es que en su horizonte un punto de terror despunta amenazante como algo impropio para ser realizado. No es lo metafórico del deseo sino lo que deviene el deseo más allá de la norma. Defecto que asegura un goce moderado que no se opone al deseo sino más bien lo reafirma en su consistencia real más allá del reconocimiento como deseo del Otro. Empero, es necesario concebir que hay casos en que el fracaso se impone como sueño de angustia, pero también el reiterado despertar con renovado terror como exceso que perturba en demasía impide la emergencia de la enunciación deseante. La falta de escansión significativa de ese goce desregulado, desviado del lazo al Otro, se acerca a la pesadilla, al insomnio. No es sueño de angustia.

Con estos elementos podemos desprender del escrito de *Más allá* la posibilidad de pensar la clínica de hoy. Dos cuestiones impactan sobre el tenor y los límites del campo analítico. Por un lado, la inclusión del rasgo recuperador de goce y su anudamiento a la repetición reubica la direccionalidad de la interpretación y permite pensar un más allá de la neurosis de transferencia; y por otra parte, la neurosis traumática, más acá de la neurosis citada, conduce a interrogar la imposibilidad de colocar el objeto *a* en el campo del Otro, esto es, la posibilidad de transferencia. Así pues, si el sujeto le debe su existencia a la muerte, es el entrecruzamiento pulsional el que permite interrogar las vicisitudes de los referentes que aparecen para dar cuenta de una compulsión de repetición primaria a la norma del placer y a la posibilidad deseante.

La repetición del *Fort* en soledad marca con su acto el nacimiento de un sujeto que, con la experiencia impresionante, prueba de una pérdida que hace del *Fort-da*, a posteriori, el gran logro simbólico. Su valor significativo hace agujero a toda concepción motricista o imaginaria del juego de presencia-absencia. La posibilidad de elaboración psíquica que allí se demuestra contrasta con casos contrarios como la vida onírica en la neurosis traumática de guerra. Vuelve el trauma, pero esta vez para poner en comparación la histeria con la citada neurosis. Un matiz novedoso lo caracteriza como trauma externo cuando en el capítulo primero la reacción anímica promete esclarecimiento sobre la pregunta por el displacer contrario al placer de desear (Freud, 1920). De este modo, la fijación inconsciente al trauma no sólo es condición de las denominadas neurosis traumáticas. Freud no renuncia a una aspiración unificadora, sirviéndose de la extensión de la libido al campo de la neurosis narcisista, concluye que toda neurosis es neurosis traumática elemental. Así pues, sin anular la singularidad de cada una de sus formas, la represión que está en su base es reacción frente a un trauma (Freud, 1919).

La procedencia del displacer en el *Manuscrito K* (Freud, 1896) queda como enigma allí donde se basa sobre el modelo de la neurosis de angustia. Sin embargo, el displacer insiste atravesando el escrito de 1920 y ordena las cosas de otro modo. Con el más allá, algo contrario al deseo conduce a la advertencia sobre la reacción anímica frente al peligro exterior. La revisión del trauma, a la luz de comparaciones clínicas, conduce a un punto de exterioridad que, como trauma externo, deviene interior a la estructura. La histeria es el paradigma de la posibilidad de tratar al peligro interior como si fuera un peligro que viene de afuera. Así pues, el displacer, tratándose de una interrogación

sobre el goce, contribuye a reflexionar sobre la comparación aludida cuyo rasgo distintivo se circunscribe al grado de padecimiento subjetivo. Frente al terror las respuestas son diversas. Para la histérica, eso pesa, da asco y huye espantada. La conversión le ofrece una solución que torna morigerado su padecimiento. A partir de ahí, ese afecto dará el tono particular a la posición histérica en su diferencia al exceso del padecimiento desorganizador que conlleva el terror que no cesa. Si todo sueño es una pesadilla moderada, la omisión de esa morigeración es el rasgo que justifica a la neurosis traumática de guerra.

Con la pregunta central por el displacer se avizora una clínica orientada a un más allá del síntoma. Si bien la conversión vale como sustituto de lo reprimido, con su estructura bisexual cuenta también en él la escritura de un goce refugiado que es necesario remover para que el deseo pueda emprender su vuelo. Las virtudes de la transferencia analítica abren el paso del síntoma al analista que, al ser producido, adquiere también estatuto de objeto irreal, ubicándose en el centro de la neurosis neoproducida. Habrá lugar allí para la mediación de la palabra que, en función del Padre, deviene saber en el lugar de la verdad. El despliegue del decir verdadero colabora para que un goce refugiado neuróticamente circule y se economice a favor del bienestar del sujeto. Esto es, ir más allá de neurosis de transferencia conduce a escandir y remover los modos de goce. Así es posible obtener otro efecto que la angustia neurótica. Ir de lo universal a lo singular modificando la distribución del goce requiere de la respuesta singular del sujeto al enigma que lo trabaja. Sólo por el decir verdadero un escrito es posible. Una marca propia pone coto a un modo de goce que, sostenido en el exceso, se opone al bienestar.

¿Cómo impacta la reversión teórica de 1920 sobre la interpretación analítica? Si desde 1900 la interpretación entra por lo simbólico, a partir de la pulsión de muerte promete alcanzar algo más allá. Esto solo es posible si el trazo logra ser escrito como marca del sujeto memorando la pérdida de goce que el objeto *a* como resto simboliza. Más allá de la ley del Otro, la repetición adquiere una vertiente más estructurante como denotación del rasgo unario que conmemora la irrupción de goce (Lacan, 1969-70). Con la fe puesta en el Otro como el lugar donde el saber se instituye, la interpretación analítica se distingue porque en lo que se articula como saber ella apunta a efectos que devienen sensibles como verdad de la división misma.

Sólo a través de la transferencia analítica, por el decir verdadero, lo singular de un trazo deviene audible ofreciéndose a la lectura. La neutralidad del analista, al abstenerse como interpretante, tiene como correlato la subversión de todo sentido. En esa dirección, la interpretación hace resonar otra cosa que el mero sentido. Si la poesía permite la interpretación, sólo lo es por la equivocidad que, justificada por leyes primarias extrínsecas al sentido, permite que la palabra haga función de otra cosa. En esta línea, Lacan apela a la palabra poética por el doble efecto tanto de sentido como efecto de vacío, de agujero. He ahí las virtudes de la inscripción significante y el retorno de lo reprimido cuya consistencia solo gira alrededor de un núcleo inviolable que será necesario construir para que opere como causa. Más allá apunta a ese factor pulsionante cuya deriva constante, más allá de la coerción del marco fálico, resta *indómito* (Cosentino, 2015). Lacan nos recuerda que la castración no es fantasma, pero puede estar fantasmaticada de un modo que obstaculice el acceso al goce

que sólo por el objeto *a* como resto sostiene la ganancia en pérdida. En tanto apuesta a la ganancia de otro goce, Lacan lo llama plus de goce.

Así es que, en los límites de la estructura se impone un punto que, más allá, sobrepasa cierta medida fálica. Ahí radica la gran novedad de 1920. El valor del sujeto antes de lo contable concierne a lo real, punto cero donde lo inanimado es metáfora de goce. Dicho valor se adquiere por el enraizamiento en el unario que decide, más allá del despliegue de lo reprimido, la inserción en la estructura del lenguaje.

¿Cuál es el avance clínico, a la luz de la comparación entre histeria y neurosis traumática?

Si vuelve la histeria es para ponerse en comparación con la neurosis traumática. Ahora bien, lo cierto es que la histeria se entreteje con la interpretación de los sueños dando lugar al deseo como punto nodal del entramado significativo, mientras que la neurosis traumática promueve la reescritura de la tesis como intento de realización del deseo. Algo resiste, alguna apetencia oscura interrumpe esa realización que sólo se logra en el fracaso. Entre las neurosis traumáticas, las de tiempos de guerra constituyen un caso extremo de neurosis en cuya génesis Freud constata vivencias infantiles de terror y peligro. Así es que la argumentación comparativa adquiere mayor legibilidad si recordamos que la histeria en el inicio se caracteriza como histeria de terror. El *Más allá* avizora límites entre angustia, terror y miedo. Si bien la fecundidad clínica de esa delimitación dará su fruto con la última articulación de la angustia al deseo; el terror se distingue por la sorpresa. Esto es, que la condición de lo inesperado incluye la omisión de la angustia normativa que advierta sobre el peligro.

Situación en la cual un goce anómalo logra ser evitado, no oponiéndose a la enunciación deseante. Empero, las reacciones frente al terror son diversas.

La libido narcisista tiende el puente, esperando la segunda tópica para retomar la novedad del conflicto yoico y con ello interrogar a las neurosis graves como las traumáticas y, también, a la psicosis. Así pues, más acá de la neurosis de transferencia, el nuevo conflicto alumbrado en el horizonte. No se trata del deseo como verdad reprimida sino de una resistencia que, situada en el núcleo inconsciente del yo, atenta contra su capacidad escindible. Con esta novedad se reintroduce ese otro inconsciente que, como fijación al objeto de borde, amplía el campo de la práctica analítica. Pues dicha fijación no es natural. Es, a través del Nombre del Padre que tiene que constituirse. Entonces, si la neurosis traumática es un nombre que puede aplicarse también a otras afecciones ¿cuál es el eje que Freud propone? Si a partir de las neurosis narcisistas se esperan aportes para abordar neurosis graves como las traumáticas, también de tiempos de paz, es necesario interrogar en ellas los nexos entre terror, angustia y libido narcisista. Más acá de la neurosis de transferencia no se trata de la problemática del deseo insatisfecho, imposible o prevenido. Cuando el goce es excesivo no hay posibilidad de enunciación deseante. La función de la angustia tiene como correlato a la verdad puesta en guardia sobre lo imposible. Por el contrario, la omisión de la señal da lugar a la perturbación en tanto impide que un sujeto pueda estar advertido y logre así evitarla.

Tomando la neurosis de guerra sólo como un caso de ellas, la vida onírica testimonia del fracaso de la función en la reiteración del accidente. El renovado terror que sorprende sin la señal que dé lugar a la simbolización la acerca más a la pesadilla que al sueño de angustia en el

cual un tramo ha logrado ser transpuesto. Su insistencia, a expensas de un anudamiento normativo, conlleva mayor padecimiento apuntando a una inscripción que no termina de producirse. Cuando la activación de la pulsión aflorante de la fijación traumática deviene hipertrófica, impedida la transposición, se imponen serias perturbaciones del sueño pudiendo llegar al insomnio. Desde temprano, un desvío impedía la transposición de la energía a líbido psíquica (Freud, 1895). Con los avances de más allá, una fijación inconsciente al trauma impide un atravesamiento normativo. Demandas pulsionales que presentan intensa pulsión aflorante, esfuerzan a la emergencia de experiencias penosas. Huellas mnémicas del tiempo primordial cuya condición de no ligadas se renueva, por el exceso, más allá de todo esfuerzo de elaboración. Como una realidad a la espera, habrá que pesquisar sus vicisitudes en el caso por caso.

La fijación de la pulsión al objeto no es natural. Una intervención se hace necesaria. Como posición del significante que detiene hay posibilidad de un desprendimiento. Como resto caído del Otro el *a* deviene símbolo de una pérdida. De lo contrario, si el objeto no deviene perdible, no hay posibilidad de transferencia. “¿Qué moción de deseo se podría satisfacer con el retroceso hasta la vivencia traumática penosa en extremo?” (Freud, 1933).

Con el terror como exceso reiterado, no se trata del deseo del Otro sino del fracaso de una fijación que articule la pulsión al objeto como resto. Ahí la relación al deseo está perdida. No se trata de restituir el deseo a su lugar, sino de posibilitar el vínculo de estructura, esto es, el enganche del sujeto al Otro. Aquí el sueño no es pesadilla moderada. Al no hacer enigma, no funciona como un saber a interrogar, esto es, como una formación del inconsciente. El sueño repite lo vivido por displacentero que fuera. Lo

traumático, relativizando la diferencia entre neurosis traumáticas y no traumáticas, depende del factor cuantitativo, esto es, de un exceso en la exigencia de trabajo. Así pues, si el terror insiste sin morigeración, hay repetición displacentera. El sujeto no aparece, esto es, no logra emerger e instalarse como tal.

La reiteración ominosa de la situación traumática impide toda elaboración psíquica. La exigencia pulsional, como impacto de lo real desregulado, no logra escandirse con esfuerzo de ciframiento alguno. Así pues, con una realidad traumática a la espera de poder ser inscripta, es otra la tarea. Construir un marco que acote el exceso y permita el desprendimiento del objeto para ser colocado en el campo del Otro. Así, el deseo como deseo del Otro, con el *Che vuoi* en el primer plano de la subjetividad, hará posible una angustia morigerada que dé lugar a una demanda. La apuesta es hacer aparecer al sujeto.

Hoy, nuevas presentaciones, ¿nuevas patologías? Nombres que sancionan problemáticas clasificadas, bulímicos, anoréxicos, adictos, actuadores, ataques de pánico, violentos y otros. ¿Se trata allí de un nuevo sujeto? Si en ellas la afirmación como recurso a la palabra se ve cuestionada estamos en problemas con la instalación del discurso. Los avances de más allá permiten interrogar la actualidad de estas neurosis que, por la dinámica que muestran, orientan para interrogar las denominadas nuevas patologías. Tratándose de demandas actuales, como presentaciones que incluyen los rasgos inherentes a la época, nuestra dirección corre opuesta a identificarlas con nombres que adquieren función de identidad y forcluyen al sujeto. En posición contraria a esos nombres que sancionan con un *tu eres tal cosa*, nuestra apuesta es favorecer la emergencia del sujeto. En lugar de condenar a priori con el *tú eres tal cosa*, es necesario promover la invocación del *tú* inherente

al significante que fundamenta el orden simbólico y da nacimiento a la Ley. El legado de esta ética es freudiano, encontrar la relación al deseo que se ha perdido.

Para concluir: Freud apostó a una escucha inédita en la cual, al hacerse audible el rasgo singular, despejó la verdad de una división que en acto implica al sujeto haciéndole asible la castración. Con la reversión de 1920 se hace apertura a un más allá del reconocimiento del deseo, esto es, a la verdad del mismo. Cara del deseo que más allá de lo reprimido despunta amenazante prometiendo un destino no dependiente de la mera deriva simbólica sino orientado por un real cernido que vuelva al mismo lugar y, situado allí, oriente la relación del sujeto a sus deseos. El factor pulsionante advierte que sólo la deriva pulsional honra las virtudes del deseo cuando la verdad del mismo se equipara a la hiancia subjetiva donde el sujeto reaparece en lo real. Punto terrorífico donde el goce equivale a la castración y el sujeto se equipara a la falla de un discurso en el que la no relación logra restituirse.

Una cuestión ética. Con una práctica orientada a lo real, el deseo del analista es ofrecer vacante para que el deseo se realice como deseo del Otro (Lacan, 1960-61). Una pregunta deviene allí posible. Sin el *Che vuoi* no hay posibilidad de simbolización alguna. Si Lacan invita a no retroceder frente a la psicosis, sólo lo es por no olvidar que, al estar en juego un sujeto que habla, eso que no funciona puede llegar a escribirse. ¿Nuevas patologías? ¿Nuevos sujetos? Si es que el significante primordial ha de inscribirse por todos y cada uno, sólo cabe memorar un deber ético “Donde Ello era, yo debo advenir” (Freud, 1933).

Posición inédita, abstenerse como interpretante reconcilia a la interpretación con la orientación a lo real. Operando por el equívoco, espera del significante que algo

resuene. Como eco de un decir, el cuerpo se ve afectado. Destellos de lucidez, lustre de lo real que despierta pero no abruma.

Hoy, ¿nuevas demandas? No se trata de un nuevo sujeto el que hoy se presenta a consulta. Orientado Freud por la aspiración a trascender lo meramente descriptivo o clasificatorio, nos advierte sobre la fecundidad y actualidad clínica de *Más allá*. Su entramado argumentativo agujerea la tiranía de denominaciones que sancionan silenciando al sujeto y contrariando la reinención del psicoanálisis en el caso por caso.

Un deber ético. Sólo con la apertura que hace del objeto un fragmento perdible, el yo deviene escindible. Con ello es posible alcanzar la sabiduría de un goce, que, sólo por fragmentos de real, hace de la vida otra cosa. Así pues, con la hendidura del Otro se abre un destino que, en el exilio, honra a una vida cuyo legado es a una muerte devenida legal.

Bibliografía

- Cosentino, J. C. (2011). *Sigmund Freud. El yo y el Ello. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*. Buenos Aires: Mármol Izquierdo.
- Cosentino, J. C. (2015). *Sigmund Freud. Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*. Buenos Aires: Mármol Izquierdo.
- Freud, S. (1895). *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia*. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *La represión*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1919). *Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933). *29° Conferencia. Revisión de la doctrina de los sueños*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933). *La descomposición de la personalidad psíquica*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1960-61). *El seminario 8, La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969-70). *El seminario 17, El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975-76). *El seminario 23, El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

Los ojos de Buda

CYNTHIA ACUÑA MATAYOSHI

Lacan observa en el seminario 10 que en la estatua del Buda de Kamakura (en Japón), “no hay abertura del ojo” (Lacan, 2006: 246). Sus párpados dejan ver una hendidura que no es ni tan abierta para ver las pupilas ni tan cerrada para suponer que el Buda no mira –es decir, para suponer que tiene los ojos cerrados–.

Los ojos del Buda de Kamakura remiten al Caos. De la *Cosmogonía* de Hesíodo deriva la idea de que “en primer lugar existió el Caos” (que no se refiere a un desorden de los elementos sino a un espacio abierto, a un abismo).² Caos es el primer elemento para la creación del mundo. El término significa *espacio que se abre* o *hendidura, vacío que ocupa un hueco*. La imagen más apropiada para el caos es la de ese espacio que se abre en el bostezo, en una herida o en la abertura de una caverna.

Los ojos del Buda representan esa hendidura velada, pero siempre presente en la realidad, “el caos anida en el Logos” (Mindurry, 2012: 20). El caos está velado, en la cultura, por los mitos, quizás también por la literatura (y

² Le siguen Gaia y Eros. Gaia, “la materia en vías en formación” y Eros, “fuerza que empuja a las combinaciones” (Díaz Mindurry, 2012: 18).

en relación con este punto voy a hacer una salvedad enseguida). En el neurótico está velado por el fantasma y por los síntomas.

Desde hace ya un tiempo estoy pensando en esta relación, la de la literatura y el psicoanálisis. Hay un punto que los une: es la *escritura*. Cito a Liliana Díaz Mindurry:

Escribir es [...] un acto incesante, sin principio ni fin, entregarse a eso que no termina, entregarse a la angustia como a brazos amados y sacar de la angustia algo nuevo, completamente distinto, que no dejando de ser angustia es más que eso (Mindurry, 2012: 15).

La historia de un sujeto es escritura del inconsciente. ¿Quién escribe?, ¿escribe ello?, ¿escribe el sujeto? Yo diría que escribe el sujeto, que no es el yo. Escribe esa parte del sujeto más inconsciente y más ajena del yo. La historia *es un texto* que tiene tachaduras –como los manuscritos de Freud–, que tiene forclusiones, agujeros, repeticiones. Eso escribe.

Y en la literatura el escritor también escribe –y me refiero a la ficción–, entonces, ¿qué es lo que pasa?, pasa que no escribe él sino que –del mismo modo que sucede en el análisis– escribe ello; luego, por supuesto, hay una versión publicable que sí se hace con la conciencia, esta es la versión del velo a la que me refería recién cuando dije que la literatura también es un velo. Pero la primera versión es bastante ajena a la conciencia, proviene de la *caverna*. Y esa escritura ficcional es como una versión monstruo, una especie de Frankenstein, un fantasma del escritor.

Ahora bien, a mí nunca me conformaron las respuestas que se dieron acerca de por qué Freud estaba tan interesado en la literatura. Y tengo la impresión de que Freud sabía, en algún sentido, que la escritura de ficción es un acto de descorder el velo, de entrar a la caverna. Por

supuesto, hay que decir que descorrer el velo es encontrar y construir otro velo, y así sucesivamente. Porque a la caverna –en términos de real– jamás se entra. Este es el alimento perpetuo del escritor, el fracaso de la propia escritura. Dicho fracaso tiene que ver con la imposibilidad de escribir el Caos, de acceder a él, de escribir lo real, de dar cuenta de la hendidura del sujeto. Eso no puede escribirse, pero en los textos literarios hay un acercamiento, un modo placentero de acercarse a eso.

La literatura, dice Liliana Díaz Mindurry

escribe haciéndose cargo de la imposibilidad de escribir. En otras palabras, asume la paradoja máxima. La insatisfacción será total y habrá que asumirla [...]. Apuesta al absurdo [...]. Asume el caos sin forma, las tinieblas, el desorden, la confusión, el vacío mismo (Mindurry, 2012: 14).

La pasión de la literatura –también del lector– es la promesa de algo que no sucede o que sólo sucede de manera fragmentaria, fugaz, evanescente. Más allá de las *marcas* que deja. Porque uno no es el mismo después de ciertas lecturas (novelas, cuentos, poemas). De ahí sale otro.

Escribir ficción impone la cuestión de meterse con lo que quedó afuera de la historia, como en el mito de Moisés. Es darle lugar a lo que fue expulsado.

El análisis, dice Freud, tiene límites, no es interminable. Pero siempre puede haber alguna ola que remueva las aguas y envíe a alguien a reelaborar cuestiones que ya estaban escritas. Pienso que toda reelaboración es la revisión o la inclusión de una tachadura, para tomar la imagen de los manuscritos de Freud. Lo tachado, lo excluido del texto puede exigir nuevas elaboraciones. Por eso, cada análisis tiene un final pero que no es un *punto final*. Es simplemente un punto a ese escrito, a esa versión. Igual que en

los textos. Uno no termina jamás un texto porque piensa que está concluido. Los textos se terminan por cuestiones diversas, casi como los tratamientos. En algún momento uno dice “llegué hasta acá”.

Por otra parte, está la cuestión de la imposibilidad de alcanzar una totalidad, la cuestión de la asunción de lo parcial como única forma de goce y deseo. Esto es algo que encarna el poema, como forma máxima de literatura. La poesía es precisamente un acto de arrojar al vacío de los significantes, de vaciarlos de sentido, de arrancarlos del sentido común y reordenarlos de otra manera, insinuando lo innombrable.

Dice María Negroni: “el poema actúa precisamente una imposibilidad: la de condensar significado y significante” y, por otro lado, el poema fracasa. “Este fracaso es espléndido y debe celebrarse porque con él se pone de manifiesto lo construido (lo falso) de la verdad simbólica” (Negroni, 2015: 25).

La poética es un espacio en donde lo simbólico puede pulverizar sentidos demasiado arraigados, lazos no cuestionados, juegos que la lengua materna no puede romper. Es otra lengua, una lengua siempre extranjera.

Pensaba nuevamente en el Buda, que no tiene los ojos cerrados ni tampoco abiertos, ¿es ese gesto de los párpados la indicación de que convivimos con esa caverna? A los pies del Buda de Kamakura la gente va a meditar o a sacarse fotos, esas cosas que hace uno cuando puede.

Bibliografía

Díaz Mindurry, Liliana (2012). *La maldición de la literatura*. Buenos Aires: Ruinas Circulares.

Lacan, Jacques (2006). *El seminario. Libro 10*. Buenos Aires: Paidós.

Negróni, María (2015). *La noche tiene mil ojos*. Buenos Aires: Caja negra.

De tal padre...

M. LUCÍA SILVEYRA

Comienzo con una síntesis del film japonés, dirigido por Hirokazu Kore-eda, *De tal padre tal hijo*. El protagonista es un arquitecto joven, exitoso, con convicciones muy arraigadas y enormes expectativas depositadas en su hijo de seis años cuya vida transcurre, sin mayores sobresaltos, entre su trabajo y la familia. Nada le hace sospechar que algo pudiera venir a interrumpir una situación que parece perfecta. Sin embargo, un día recibe un llamado: el niño, al que creía su hijo, no lo es: el hospital le ha entregado otro niño.

Inevitable cuestionamiento tanto de los padres como de los hijos de lo que hasta ese momento consideraban sus respectivas identidades. Tema que en versión local hemos tenido, lamentablemente, oportunidad de compartir; y me refiero no sólo al caso de los niños secuestrados durante la dictadura militar sino a adopciones que no se realizaron con la transparencia requerida.

Recordemos que la Ley 26.061 de Protección integral de los derechos del niño tiene un artículo sobre el derecho a la identidad que establece que el niño goza del derecho a tener un nombre, una nacionalidad y saber quién es su padre y su madre.

Entendemos que la identidad es una construcción hecha, como tal, de lenguaje y de palabras, sujeta al tiempo, a la memoria, a los recuerdos, y es en ese sentido que se va armando. De entrada no hay identidad, luego habrá identificaciones en que dicha identidad se sostenga.

“De tal palo, tal astilla” dice el refrán no dejando lugar a dudas acerca de que la astilla proviene del palo. Pero la película japonesa *De tal padre tal hijo* —así ha sido traducido su título al español—, plantea otra cuestión ya no tan lineal pues no se trata, como en el refrán, del reino vegetal sino de seres de lenguaje y de un lenguaje imperfecto que se presta al equívoco.

El film plantea, como tema central, la pregunta por la paternidad. Como lo que no está dado de entrada, como una construcción sometida a lo particular de cada sujeto que a su vez irá variando de acuerdo a las condiciones históricas y sociales. De hecho, la traducción literal del título proporcionado por una colega conocedora de la lengua japonesa es *Y entonces me convertí en padre*, lo que introduce una dimensión temporal, el transcurrir de un tiempo que se hace necesario para llegar a armar un lazo y el dilema de qué privilegiar cuando se trata de la paternidad, si el vínculo de sangre o el que se crea en la convivencia.

Desde allí surgen otros interrogantes que, por el momento, dejaremos enunciados: cómo encarna el padre su función y cómo opera a la hora de transmitir al hijo sus propios ideales y frustraciones, el lugar de la madre y de los hijos, en tanto niños, condicionados por las decisiones de sus progenitores con escaso margen de elección. Cuestión que, más de una vez, los deja como víctimas silenciosas de distintos tipos de violencia.

El tema del padre recorre la obra de Freud y la enseñanza de Lacan. La paternidad, dice Freud en *Moisés*, es más importante que la maternidad aunque no pueda ser

demostrada, como ésta última, por los sentidos. Por eso el hijo debe llevar el nombre del padre y heredar patri-linealmente.

El progreso en la espiritualidad consiste en decidirse uno contra la percepción sensorial directa en favor de los procesos intelectuales llamados superiores, vale decir, recuerdos, reflexiones, razonamientos; determinar, por ejemplo, que la paternidad es más importante que la maternidad, aunque no pueda ser demostrada, como esta última, por el testimonio de los sentidos. Por eso el hijo debe llevar el nombre del padre y heredar patrilinealmente (Freud, 1939: 114).

La pregunta por el padre será mantenida por Freud hasta el final de su vida como un enigma tan impenetrable como el otro interrogante freudiano: ¿qué quiere la mujer?

El padre como real mítico, así lo nombra Lacan, y como vector de una encarnación de la ley en el deseo es una función y sostiene operativamente el campo de lo simbólico. La madre, uno de los nombres de la castración, encarna la falta y el deseo. Existe una dependencia mutua entre el deseo de la madre y el nombre del padre. De los diferentes modos de articulación entre quienes encarnen las funciones más las respuestas del niño resultará la estructura que anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario.

Es en este marco edípico donde les llega a los papás la noticia de que el niño que hasta el momento creían su hijo no lo es. Distintas reacciones en cada uno de ellos ante la imprevista ruptura de lo establecido y a la pérdida del sentido que hasta entonces enmarcaba la vida familiar será lo que llevará a barajar y dar de nuevo.

La pregunta por la paternidad que atraviesa la película se plantea a través del dilema de qué es más importante a la hora de la definición: el padre biológico, el de sangre o aquél con el que se ha convivido desde el comienzo de la

vida. Diferentes voces se hacen escuchar. “Lo que importa es quien te cría”, dice la abuela materna; el abuelo paterno, por su parte, insiste en que es cuestión de sangre, “la sangre llama a la sangre”. Por el contrario, el padre vacilante, en contrapunto con su propio padre, interroga y se interroga: “¿tu sangre? Es una idea antigua”.

En cuanto a la madre, se reprocha no haber advertido la equivocación y deja traslucir un conflicto con su propia madre al haberse dejado influenciar por ella en la elección del hospital donde hacer nacer al bebé. Al mismo tiempo, le es más fácil que al padre aceptar a la otra familia e identificarse en el dolor con la otra mamá, la que, ni más ni menos, ha criado a su propio hijo. Diversos interrogantes que cada uno de los personajes intentará, a su modo, responder aunque no haya una respuesta que agote la pregunta.

Por otro lado, en el debate acerca de la sangre o la convivencia, los parecidos, las marcas en el cuerpo, en un cuerpo marcado por el lenguaje, por el Otro, se imponen. Puede tomar la forma de *¿a quién se parece?* Cuando nace un niño es inevitable tratar de encontrarle parecidos a los padres, a los hermanos, a alguien que en lo posible no comprometa el buen nombre y honor de la madre. Manera, tal vez, entre lo extraño y lo íntimo, de dar una continuidad a la discontinuidad, a la novedad que implica el nacimiento de un hijo por más esperado que haya sido.

Pater semper incertus, madre certissima, nos recuerda Freud en *La novela familiar de los neuróticos*, citando la expresión latina. Pero marquemos diferencias. Efectivamente, en el trabajo freudiano se trata de la ficción, de las fantasías, de las fantasías diurnas que entre el erotismo y la ambición llevan la marca de lo pulsional. Para el niño pequeño, escribe Freud, los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia. Pero

llega un momento en que el desasimiento de la autoridad parental se hace necesario para avanzar en la vida. Una de las maneras que encuentra el niño es apelar a la fantasía, se crea así una nueva familia, una auténtica novela como manera de sustituir a sus verdaderos padres. Es enteramente característico de las neurosis la capacidad de fantasear que se revela primero en los juegos infantiles y luego se apodera del tema de las relaciones familiares, es decir que a lo largo del tiempo se van modificando. Con la noticia sobre los procesos sexuales nace una inclinación a pintarse situaciones y vínculos eróticos en que entra como fuerza pulsional el placer de poner a la madre, que es asunto de la suprema curiosidad sexual, en la situación de infidelidad escondida y secretos enredos amorosos.

En el caso de los protagonistas del film, la situación es otra. Se impone un hecho que no es producto de la novela ni de la fantasía: los hijos no son los hijos y los padres no son los padres. Si bien la creencia en los padres, en su autoridad, y luego su desasimiento, son parte del crecimiento, en esta oportunidad hay una precipitación, un trastocamiento que afecta a padres e hijos, a partir de la *tyche*, de lo real que irrumpe como encuentro fallido: los bebés, por error del hospital, han sido cambiados al momento de nacer. La novela, como restablecimiento de una configuración, como un nuevo anudamiento, llegará, en otro momento, donde cada uno tendrá sus tiempos, para dar sentido al sinsentido, para tejer una nueva historia.

Se trata de un imprevisto, de las distintas caras del azar.³ En este caso, el equívoco, lo incontrolable, es la intervención maliciosa de una enfermera tomada por la envidia. Variable

³ Freud se refiere al destino en el capítulo 3 de *Más allá del principio de placer*.

que no es menor a la hora de incluir la sobredeterminación, lo aleatorio en un sistema hospitalario que intenta mostrarse ordenado y sobre todo eficiente.

¿Con qué nos confronta el film? Con que si bien el sujeto padece de un lugar que no eligió, de un nombre que le es dado y que tiene que soportar y de un decir que no es de él, eso constituye su universo y en él debe encontrar su lugar.

Me voy a detener en algunos de los desarrollos de Ivan Ekeland en su libro *Al Azar*.

No podemos sino maravillarnos de la singularidad de nuestro propio destino. El edificio de la ciencia, lo mismo que la historia humana incorporan una buena parte de arbitrariedad y uno se pone a pensar en lo que habría podido ser pero al final no fue. Somos los sobrevivientes de un implacable proceso de selección que eligió entre la infinita variedad de futuras posibilidades la que finalmente se realizará. Los acontecimientos así apartados de esa divinidad sin rostro que se llama el azar tienen tanto derecho a la existencia como el acontecimiento elegido que en adelante formará parte de nuestra experiencia. Nuestro único mérito es existir, sin razón aparente y a expensas de otras posibilidades, ciertamente tan ricas y tal vez más seductoras. ¿Por qué yo? La pregunta no tiene respuesta. No debe sorprender que aquél que se abandona a esta clase de pensamiento sufra una crisis de identidad. ¿Qué es este mundo tan contingente? ¿Qué es este yo ante otras existencias virtuales? Para concluir dejemos la palabra al poeta:

Esta vida estrambótica
e inaudita:
en medio de un gran número de pretendientes
una célula masculina llega hasta una célula femenina
y yo llego a ser.
Nada de asombroso tiene que yo dude
de ser yo mismo.
Y después, esta sociedad
donde todos se ladran unos a otros
como en una perrera
enteramente convencidos de ser ellos mismos.
Guerra, sacrificios humanos.

No creo haber existido más tiempo
que hasta el momento de la fecundación,
maculada concepción.
Yo, un espermatozoide, doy vueltas en redondo,
[con grandes sacudidas de flagelo
en busca del huevo del mundo.
Pero, ¿dónde encontrarlo?⁴

Ante el asalto de esta contingencia multiforme, la humanidad trata de identificar los determinismos subyacentes, es decir, tratar de dar un sentido al mundo” (Ekeland, 1992: 70-71).

Disposición y azar determinan el destino de un ser humano, ya nos adelanta Freud en *Dinámica de la transferencia*. El film juega con el azar, con el asalto de la contingencia, y sin dejar de considerar que se trata, como tal, de una cuestión exterior al campo analítico, nos permite indagar la clínica. Y abrir la pregunta de cómo operar como analistas, entre transferencia y destino, ante ciertos acontecimientos ocurridos, como en esta ocasión, por azar, que van trazando el destino del analizante y que se vuelven un obstáculo a la hora de hacer de ellos historia.

Las causas contingentes podrían no haber ocurrido, pero una vez que están allí se puede, a veces con más, otras con menos libertad, hacerse responsable de una elección y no hacer de eso solo repetición como respuesta a un destino inexorable.

Bibliografía

- Freud, S. (1939). *Moisés y la religión monoteísta*, tomo XXXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
Ekeland, I. (1992). *Al azar*. Barcelona: Gedisa.

⁴ Citado por Ivar Ekeland: Gunnar Ekelöf, “Detta oerhörda”, en *Opus Incertum*, 1959.

La pulsión de placer

JUAN CARLOS COSENTINO

Introducción

Freud modificó la primera versión de *Jenseits*. Una vez pasada a máquina, agregó un apartado, el nuevo capítulo VI, de veintisiete páginas escritas a mano y, a continuación, revisó ese segundo documento.

La versión escrita a mano (1919) sólo tiene seis capítulos;⁵ la segunda, mecanografiada (1920), cuenta, en cambio, con siete. Así, la cifra que atañe al antiguo capítulo VI de la primera versión, en el texto escrito a máquina, fue modificada. El número VII fue arreglado con el segundo I romano escrito a mano por Freud.

Esta inclusión de un nuevo capítulo VI como la reorganización, a continuación, de la segunda versión alcanza al antiguo capítulo VI. Convertido en VII, tanto las reflexiones críticas del nuevo apartado como la revisión de la

⁵ A principios de mayo de 1919 Freud anunció la terminación de un “borrador” y comentó que había concluido un trabajo —no indispensable— sobre “lo siniestro” para *Imago*, donde examina las diferentes manifestaciones de la compulsión a la repetición (Carta del 10 de julio de 1919 (817 F), en S. Freud - S. Ferenczi, *Correspondance* 1914-1919, Tome II, Paris, Calmann-Lévy, 1996, p. 401). Ver S. Freud, *Das Unheimliche*, Manuscrito inédito. Texto bilingüe. Edición y comentarios: Lionel F. Klimkiewicz, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2014.

segunda versión deciden tachaduras, apremian cambios, impulsan agregados y, en consecuencia, lo dejan bastante remendado.

Con esa relectura que Freud realiza, recupera ciertos ejes de los capítulos I y IV que le permiten comenzar a diferenciar, lo que no logra separar en el antiguo capítulo VI, la “sensación” de tensión, que más tarde situará como magnitud absoluta, de las sensaciones de placer-displacer y su relación con las rupturas que anuncia en el capítulo I.

Por una parte, la ruptura (*Durchbruch*) entre el principio de placer y el más allá que le abre paso a algo que no se reduce al campo en que se produce; por otra, el breve momento en que se abre una brecha (*durchbrechen*) en la barrera contra-estímulo dando ocasión a perturbaciones económicas con su consiguiente efecto traumático. En ambos escenarios: ese punto de exterioridad. En tercer lugar, una formulación no habitual sobre el principio de placer. De principio regulador a aquel que sobrepasa el marco de la homeostasis o de la tendencia a la estabilidad de Fechner.

Y también dispone con el nuevo capítulo VI de la hipótesis especulativa: el retorno a lo inanimado, soporte de la compulsión a repetición. A partir de ese supuesto se le plantea un problema: ¿como diferenciar la pulsión de placer o *Lusttrieb* (otra formulación inusual en el antiguo capítulo VI) que domina toda vida anímica, en relación al carácter tan general de las pulsiones que quieren restablecer un estado anterior, de las otras pulsiones que también llevan la excitación somática hacia lo anímico?

La vuelta a lo inanimado y la tendencia dominante, que —como equivalentes— introducen cierta dificultad, guían el movimiento mientras junta principio de placer⁶ y

⁶ Se trata de una de sus vertientes, la más habitual, cuando opera como principio regulador.

principio de nirvana que más tarde, en *El problema económico*, serán diferenciados. Entonces, se podrán articular las dos alternativas, la “sensación” de tensión como magnitud no medible, con esa satisfacción paradójica, es decir con el goce, y las sensaciones de placer y displacer como una variación de esa magnitud en la unidad de tiempo, con la ganancia de placer, no sin displacer.

Tabla de equivalencias

Primera versión escrita a mano, 1919	Segunda versión escrita a máquina, con correcciones a mano, 1920	Versión publicada, 1920
I	I	I
II	II	II
III	III	III
IV	IV	IV
V	V	V
no existe	nuevo VI	nuevo VI
antiguo VI	VII	VII

Pese a este complejo trabajo de revisión que realizó con las dos versiones alternativas y las cuatro publicadas, con tachaduras, cambios, modificaciones y agregados, varios autores señalan que Freud escribió *Jenseits* bajo los efectos de la muerte de su joven hija Sophie.

Llama la atención comprobar que las críticas y observaciones que recibiera el ensayo se dirigen, en el pasaje de la primera a la segunda versión, al nuevo capítulo VI donde aparece por primera vez el supuesto de la pulsión de muerte.

Y, en particular, a este enmendado capítulo VII, del que se dice que no añade nada, que estaría de sobra o que solo agrega una vuelta más a lo que parecía haberse completado con las reflexiones críticas del nuevo apartado VI. En consecuencia, para estos autores, solo reforzaría el lado un tanto cojo del conjunto (Cosentino, 2015: 678-79).

Las modificaciones que recibe este antiguo capítulo VI parecen revelar otra perspectiva.

Versión escrita a mano. Capítulo I

Cuando corrige la segunda versión alternativa, una vez que agregó el nuevo capítulo VI, rescata los ejes que articulan los apartados I y IV.

¿El capítulo I de la versión manuscrita introduce *más allá*, es decir, ese punto de exterioridad a partir del cual Freud examinará los fundamentos de la metapsicología propuesta en 1915?

Como ocurre con la versión publicada la última frase de este primer apartado en el momento en que ya “no le parece... necesario reconocer una limitación de mayor alcance del principio de placer” lo anticipa y constituye, al mismo tiempo, el referente con que intenta construirlo. Después de haberse referido sólo a casos de inhibición de dicho principio y haber anunciado que el principio de placer experimenta una nueva ruptura, en la última oración del último párrafo sostiene que “la exploración de la reacción anímica frente al peligro exterior puede proveer nuevo material y nuevas preguntas acerca del problema aquí tratado” (Freud, 2015: 45).⁷

⁷ S. Freud (1919), *Jenseits* (Primera versión, capítulo I, párrafo (8), p. 4), en “Jenseits des Lustprinzips” [g], Holograph manuscript, pp. 1-34, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C., 2004. *Jenseits* en todas las referen-

Las distintas rupturas del principio de placer de las que hablará Freud tienen diferente valor (una primera, entre el principio de constancia y el de placer), aunque en este primer capítulo la “nueva ruptura” (*neuerlicher Durchbruch*) que experimenta el principio de placer parece apuntar a dos caras bien diferentes.

Vale la pena detenerse en la palabra que utiliza. El término *Durchbruch* no sólo comporta el matiz de abertura, brecha, sino que también supone una acción y efecto de romper, de abrirse paso.

Así, el referente que propone, *la exploración de la reacción psíquica frente al peligro exterior*, anticipa una segunda ruptura entre el principio de placer y el más allá que le abre paso a algo (*Jenseits*) que no se reduce al campo (*des Lustprinzips*) en que se produce. Las dos caras.

Luego, en el capítulo IV se valdrá del verbo *Durchbrechen* (abrir una brecha) para referirse a la acción que los estímulos muy intensos producen sobre la barrera contra-estímulo, dando ocasión a perturbaciones económicas con su consiguiente efecto intrusivo y traumático.

En segundo lugar nos sorprende una formulación no habitual sobre el principio de placer cuando introduce el primer caso de inhibición de dicho principio. En esta ocasión, el principio de placer excede el marco de la homeostasis. “Sabemos que es propio de una manera primaria de trabajo del aparato anímico... y permanece aún durante largo tiempo, como la forma de trabajo de las pulsiones sexuales más difíciles de ‘educar’” (Freud, 2015: 41-43).⁸

cias remite a S. Freud, *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*, Texto bilingüe. Edición y comentarios Juan Carlos Cosentino, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2015.

⁸ *Ibid*, *Jenseits* (Primera versión, capítulo I, párrafo 6, pp. 2-3).

Formulación coincidente con lo que sostiene en 1917. Al referirse a la “*incomprensible satisfacción sustitutiva*” que aportan los síntomas, propone entenderlo: “como una consecuencia del retroceso al principio de placer” y “también de un retroceso a una suerte de autoerotismo ampliado, como el que ofreció las primeras satisfacciones a la pulsión sexual” (Freud, 1916-17: 357 (334)).⁹

Más lejos (*Manuscrito K*), cuando sostiene que dentro de la vida sexual tiene que existir una fuente independiente del principio de constancia de libramiento (*Entbindung*) de displacer.¹⁰

Y más cerca, en la 31ª conferencia, cuando afirma que el principio de placer gobierna de manera irrestricta el curso de los procesos que se despliegan en el caótico ello. La energía de esas mociones pulsionales se encuentra en otro estado que en los demás distritos anímicos, es más fácilmente móvil y susceptible de descarga, produciendo esos desplazamientos y condensaciones que son característicos del ello y que prescinden tan completamente de la cualidad de lo investido (“en el yo lo llamaríamos una representación”) (Freud, 1932: 512 [69-70]). Es energía de investidura libremente móvil, susceptible de libre descarga. En el ello, pues, “las investiduras pueden ser fácil y completamente transferidas, desplazadas y condensadas”, tal como señala en relación al icc y al proceso psíquico primario en el capítulo V de *Más allá* (Freud, 2015: 133).¹¹

Sin embargo, no le resulta posible diferenciar aún los dos momentos de esa “nueva ruptura”.

⁹ Las revisiones para la traducción del alemán corresponden a Studienausgabe (SA), S. Fischer Verlag, Francfort del Meno, 1967-77 y Gesammelte Werke (GW), Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1999; las remisiones corresponden a O.C., Amorrortu Editores (AE), Buenos Aires, 1978-85.

¹⁰ Con el exceso de placer del que está dotada la *Erlebnis* primaria (la experiencia vivida) en la neurosis obsesiva y el displacer que la acompaña en la histeria.

¹¹ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, capítulo V, párrafo 2, p. 24).

Todavía no puede ubicar, como primera ruptura, la diferencia entre principio de constancia y principio de placer, y con ella, la ganancia de placer o *Lustgewinn*,¹² aunque la intuición freudiana la anticipa en 1901. Se trata de esa nueva perspectiva del placer que rebasa el marco de la homeostasis del organismo e impone al aparato psíquico el placer de desear que, como un nuevo marco de equilibrio, se sostiene en la tensión del deseo.

A consecuencia del principio de displacer... el primer sistema ψ es incapaz de incluir algo desagradable en el entramado de pensamiento. El sistema ψ no puede hacer otra cosa que desear (Freud, 1900: 606-7 [590-1]).

Y como “el sujeto se constituye en relación al significante se produce en él esa ruptura, esa división, esa ambivalencia, a nivel de la cual se ubica la tensión del deseo” (Lacan, 1959-60: 377).

Así, esa primera ruptura lo llevará, con la introducción de la pulsión en 1905, al placer de ver (*Schaulust*).¹³

Como señala Lacan, “en la medida en que se sostiene el placer de desear, es decir, en todo su rigor, el placer de experimentar un displacer”, se anticipa la paradoja. El placer de desear —como el efecto del *Vorlust*— “subsiste en oposición a la dirección del principio del placer” (Lacan, 1959-60: 187 [p. 182]).¹⁴

Así, Freud echa mano “al supuesto más laxo” y sitúa “el displacer y el placer en relación con la cantidad de excitación disponible —y no ligada de algún modo (*nicht*

¹² Ya en 1905, Freud sostiene que “la ganancia de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado” (*El chiste y su relación con lo inconsciente*, SA, IV, p. 112 [AE, VI, p. 114]).

¹³ Ya en *Tres ensayos*: la pulsión del placer de ver (*der Trieb der Schaulust*) y de la exhibición, y la pulsión a la crueldad activa y pasiva (cap. I. [4]), SA, V, p. 75 [AE, VII, p. 151]).

¹⁴ *Vorlust*: placer preliminar.

irgendwie gebunden)— en la vida anímica”. Uno corresponde a un acrecentamiento y el otro, a una reducción de esa cantidad. No piensa “en una correspondencia simple entre la intensidad de las sensaciones y las modificaciones a las que dichas sensaciones se refieren. Menos aún... en una proporcionalidad directa”. Y aunque, “la medida de la reducción o del aumento en el tiempo sea el factor decisivo para la sensación” (Freud, 2015: 41),¹⁵ aún no ha podido referir “la sensación de tensión a la magnitud absoluta... al nivel de investidura”, introduciendo la irrupción; y “la serie placer displacer a una variación de dicha magnitud en la unidad de tiempo”, definiendo el ritmo (Freud, 2015: 385),¹⁶ tal como ocurre en la segunda versión del capítulo VII, modificado una vez que agregó el nuevo capítulo VI.

En cambio, en esta versión manuscrita, la segunda ruptura ya ha quedado trazada con los “sueños traumáticos”. Sin embargo, a lo largo del texto iremos encontrando las numerosas dificultades que Freud enfrenta para sostener ese punto de inflexión. Por ejemplo, en el capítulo IV falta el párrafo [12] que recién agregará en la segunda versión. “*Éste sería —nos dice— el lugar para confesar por primera vez una excepción a la tesis de que el sueño es un cumplimiento de deseo*” (Freud, 2015: 267).¹⁷

¹⁵ Op. cit., S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, capítulo I, párrafo 2, p. 2).

¹⁶ S. Freud, *Jenseits*, (Segunda versión, capítulo VII, párrafo (5a), p. 42’), en “*Jenseits des Lustprinzips*” [g], Holograph and typewritten manuscript, bound, pp. 1-42, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C., 2004.

¹⁷ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits*, (Segunda versión, capítulo IV, párrafo 12, p. 29).

El antiguo capítulo VI. La extraña pulsión de placer (*der Lusttrieb*)

Esta primera versión no cuenta con el anteúltimo capítulo. Derrida, en su comentario de lectura, sostuvo que *Más allá* estaba construido en siete capítulos —para llegar al séptimo cielo del más allá de la hija perdida— y nos propuso que tacháramos el apartado VII y colocáramos, en su lugar, “Post-scriptum”.¹⁸ Sin embargo, el último capítulo —como apartado VI— ya estaba en esta primera versión.¹⁹ Sobrevivió luego de importantes cambios y cuando Freud compuso un nuevo capítulo VI lo transformó en el capítulo VII.

Así, el segundo documento mecanografiado resulta ser una copia escrita a máquina de las 34 páginas del primer manuscrito. Cuando estuvo terminado Freud compuso un nuevo capítulo entero (el capítulo VI de la versión publicada) que es constitutivo para la estructura de la obra y modificó los demás capítulos.

¿Qué sostiene en la versión inicial del último capítulo?

Freud retorna a una forma de elaboración que llama especulación analítica, iniciada en el capítulo IV y continuada en el V. Sostiene que

si es un carácter tan general de las pulsiones, que quieran restablecer un estado anterior, no debe sorprendernos que en la vida anímica tantos procesos se lleven a cabo con independencia del principio de placer.

¹⁸ El supuesto de la pulsión de muerte no fue prudentemente explorado ni ciertamente aceptado por la comunidad analítica. Derrida como varios otros analistas, desde Wittels hasta la actualidad, sugirió que Freud había concebido la idea como resultado de la repentina muerte de su hija Sophie. J. Derrida, *La tarjeta postal: de Sócrates a Freud y más allá*, op. cit., pp. 246-7 y 286-87.

¹⁹ La responsable de este hallazgo fue Ilse Grubrich-Simitis. “Con la primera versión me topé de manera inesperada —nos cuenta— durante mis estudios en la Biblioteca del Congreso de Washington” (Ilse Grubrich-Simitis, *Zurück zu Freuds Texten*, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 2003, pp. 233-34 (*Volver a los textos de Freud*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, (pp. 242-43).

Y partiendo de este supuesto se refiere en dos oportunidades a la pulsión de placer, que había nombrado por primera vez en el capítulo II.

Una primera vez cuando señala que “la pulsión de placer que domina toda vida anímica no se distinguiría de las otras pulsiones orgánicas —que quieren regresar a lo inanimado— y que llevan la excitación somática hacia lo anímico” (Freud, 2015: 161 y 163).²⁰ En la segunda versión, en cambio, esa frase un poco extraña —una pulsión de placer no agujereada por el displacer— fue tachada. Y una vez que escribe el nuevo capítulo VI este supuesto, con la caída de la *Lusttrieb*, se consolida como el supuesto de la pulsión de muerte.

Entonces, si no queremos dejar escapar el supuesto de las pulsiones de muerte, hay que asociarles pulsiones de vida desde el comienzo mismo. Pero es preciso confesar que trabajamos ahí con una ecuación de dos incógnitas.

Comprobamos pues el rigor de Freud: la hipótesis de las pulsiones de muerte solo se sustenta si también las pulsiones sexuales, con sus rodeos para llegar a la muerte, apuntan a restablecer un estado anterior. En efecto, ese supuesto “deriva una pulsión *de la necesidad de restablecer un estado anterior*” (Freud, 2015: 361).²¹

Una segunda vez, cuando se interroga, no sin dificultad, por las sensaciones de placer y displacer y por los procesos de excitación ligados como por los no ligados. Y sostiene que:

“al comienzo de la vida anímica, la pulsión de placer se expresa con mayor intensidad que más tarde, pero no de modo tan ilimitado; tiene que tolerar frecuentes rupturas”

²⁰ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, antiguo capítulo VI, párrafos 1 y 3, pp. 32-33).

²¹ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Versión manuscrita, nuevo capítulo VI, párrafo 26, p. 22).

Y que “en tiempos de mayor madurez el dominio del principio de placer está mucho más asegurado, pero la pulsión [de placer] misma no escapa a la domesticación como tampoco [escapan] las otras pulsiones” (Freud, 2015: 165).²²

De igual forma que ese principio de placer que excede el marco de la homeostasis, esta curiosa pulsión de placer que tiene que tolerar frecuentes rupturas, sería *propia de una manera primaria de trabajo del aparato anímico*, un retroceso a esa suerte de autoerotismo ampliado, el que sostuvo las iniciales satisfacciones de la pulsión sexual. Que, posteriormente, “no es autoerótico en lo más mínimo”. Cuando está en juego la realidad sexual en el propio cuerpo “es de lo más hetero que hay” (Lacan, 1975: 127-28).

De nuevo, sin contar aún con la segunda ruptura y sus dos caras, esta *Lusttrieb* podría conectarse con el placer de desear, vía la pulsión, con el placer de ver activo y pasivo y el placer de infligir dolor y de recibirlo y con la satisfacción sustitutiva de la energía de investidura libremente móvil, susceptible de libre descarga, que puede transferirse, desplazarse y condensarse de manera completa y fácil, tal como señala, con relación al ello y con relación al *icc* y al proceso psíquico primario.

A su vez, en el capítulo II con la *Lusttrieb* Freud se pregunta: “si el apremio de procesar psíquicamente algo impresionante... puede exteriorizarse de manera primaria e independiente de la pulsión de placer”. Pero ¿qué es ese algo impresionante? Años después, en 1926, descubre ciertos otros procesos que escapan a la cadena asociativa y que siempre tienen un gran efecto en los respectivos análisis: acontecimientos impresionantes (*eindrucksvolle Ereignisse*) de la más temprana infancia (Freud, 1926: 242 [202]).

²² *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, antiguo capítulo VI, párrafo 3, p. 34).

El oxímoron de la pulsión de placer: del griego ὀξύμωρον, oxymoron, en latín contradictio in terminis. En la primera versión usa dos conceptos de alcance opuesto en una sola expresión, que podría generar —a pesar del mismo Freud— un tercer concepto. Así, la pulsión de placer, que luego tacha, es un enunciado/giro contradictorio como, por ejemplo, la soledad sonora.

Doble paradoja pues. La pulsión de placer tiene que ser atravesada por el más allá como acontecimiento impresionante, para que se pueda instalar, luego, la ganancia de placer. Entonces, el placer del principio de placer será agujereado por el displacer.

Lacan, en 1964, propone explorar esa experiencia impresionante.²³ El *sitio* junto al niño que la madre ha dejado, la *abertura* que introduce la partida de la madre —más allá de la partida misma— es el *punto* en el que el borde de la cuna produce una ruptura del espacio euclidiano y lo vuelve heterogéneo. El sujeto se enfrentará con esa abertura impresionante que da lugar a algo que no se circunscribe al espacio en que se produce: un punto fuera del territorio del principio de placer.

¿Cómo concluye este último y sexto capítulo de 1919? Con “lo incierto que resultan estas especulaciones”, para intentar sostener ese punto de inflexión entre el campo del principio de placer y el más allá, termina con una recomendación. Nos invita “a extraer lo fáctico detrás de ellas y a centrar la atención en los fenómenos de la compulsión a la repetición” (Freud, 2015: 165),²⁴ tal como ocurre en los apartados III y V de esta primera versión.

²³ J. Lacan, *El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Bs. As., Paidós, 1987, pp. 70-71.

²⁴ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, antiguo capítulo VI, párrafo 5, p. 34).

En el capítulo III, la compulsión a repetir en la transferencia, como “la repetición de un destino que acosa”, se ubican más allá del principio de placer. Mientras que en el capítulo V,

las manifestaciones de una compulsión a la repetición halladas... en las experiencias vividas (*Erlebnissen*) de la cura... muestran en alto grado un carácter pulsional y —allí donde se encuentran en oposición al principio de placer— demoníaco” (Freud, 2015: 283).²⁵

Es mejor cojear que hundirse totalmente²⁶

Extraño primer capítulo VI. Brigitte Lemérier subraya que la diferencia central entre las dos versiones está en el agregado, en 1920, de ese largo capítulo que llevará el nuevo número VI en el texto publicado.²⁷ Pero no estaba enterada que el último capítulo —el primer capítulo VI— ya estaba en la primera versión de 1919 y fue modificado en la segunda versión.

Entonces, al no estar al tanto de que fue corregido por Freud y que el número VII fue arreglado con el segundo I romano escrito a mano, sostiene que el séptimo capítulo añade una vuelta más a lo que parecía haberse completado con las reflexiones críticas del nuevo apartado VI y refuerza retroactivamente el lado un tanto cojo del conjunto. Tal

²⁵ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Segunda versión, capítulo V, párrafo 3, p. 31).

²⁶ Se trata del verso que Freud reemplazó por la línea de puntos en la parte final de la poesía “Die beiden Gulden”, de Las metamorfosis de Abū Zaid o Las macamas de Al-Hariri (un jerezano, gramático y lexicógrafo).

²⁷ B. Lemérier (*La pulsión de muerte*, Bs. As., Nueva Visión, 2006, pp. 19-32) se apoya en el estudio de los manuscritos realizada por Ilse Grubrich Simitis. Pero Grubrich Simitis no llegó a comparar exhaustivamente las diferencias entre las dos versiones y la publicada, capítulo por capítulo, como era su inicial proyecto. En *Esbozo para una edición crítica* propone para cada manuscrito “un amplio procedimiento de investigación” (*Zurück zu Freuds Texten*, op. cit., p. 340 [p. 348]).

como señala Freud citando las líneas finales de la poesía “Die beiden Gulden”, aunque invocando otras razones: *Lo que no se puede alcanzar volando, hay que lograrlo cojeando* (Freud, 2015: 387).²⁸

Empero, ya en 1919, las diferentes proposiciones no encajan bien unas con otras. La vuelta de la paradójica *Lusttrieb* a un estado anterior, la diferencia entre la primera y la segunda ruptura, sus dos caras, la disparidad entre la sensación de tensión y las sensaciones de placer y displeacer, por añadidura lo ligado y lo no-ligado.

Así, en el párrafo respectivo de la segunda versión cambia pulsión de placer (*Lusttrieb*), primero, por aspiración o tendencia al placer (*Luststreben*) y, luego, por principio de placer (*Lustprinzips*), al igual que en el capítulo II. Y como no había diferenciado la sensación de tensión de las sensaciones de placer y displeacer, en la versión escrita a máquina²⁹ recupera lo que anticipaba en 1894 con la cantidad no medible.³⁰ Se trata de un agregado:

Con esta concepción —anuncia— compite otra, que quiere referir las sensaciones de tensión a la magnitud absoluta y al nivel de la investidura energética; en cambio, placer y displeacer a una variación de esta magnitud en la unidad de tiempo (Freud, 2015: 383).³¹

²⁸ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Segunda versión, capítulo VII, párrafo [5a], p. 42”).

²⁹ En la versión a máquina añade un nuevo párrafo que rectifica la redacción del (4) y, también, elimina el último, el (5), y los reemplaza por dos párrafos similares, de los cuales solo el segundo (5a), que suprime cierta ambigüedad del primero, pasa a la versión publicada [S. Freud, *Jenseits* (Segunda versión, capítulo VII, párrafos [5b] y [5a], pp. 42, 42’], en S. Freud, *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*, op. cit., pp. 383 y 385.

³⁰ “En las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad, aunque no poseamos medio alguno para medirla...” (S. Freud, “Las neuropsicosis de defensa”, en *Primera clínica freudiana*, Bs. As., Imago Mundi, 2003, p. 56)

³¹ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Segunda versión, capítulo VII, párrafo [5b], p. 42).

Freud ya introdujo la diferencia entre miedo, angustia y terror. En consecuencia, sobresalto, no preparación e indefensión ubican en el terror la irrupción de lo no-ligado.

Recién entonces, “la medida de la reducción o del aumento en el tiempo” (Freud, 2015: 41),³² cuando se manibre en el territorio de lo ligado pero con su más allá —y esto le falta sostener a Freud—, va a constituir la variable decisiva para la sensación: “es probable —concluye en el *Esquema*— que lo sentido como placer y displacer no sean las alturas absolutas de esta tensión de estímulo, sino algo en el ritmo de su alteración” (Freud, 1938: 68 [144]).

La distinción que introduce la segunda versión y amplía el *Esquema*, donde se desplaza de la “sensación” de tensión a la tensión de estímulo, nos permite traducir el adverbio *irgendwie* que acompaña a *nicht gebundenen*, “de algún modo”. Recordemos que en el capítulo I Freud sitúa “el displacer y el placer en relación con la cantidad de excitación disponible —y no ligada de algún modo (*nicht irgendwie gebunden*)— en la vida anímica”. Nos diferenciamos de J. L. Etcheverry, C. J. M. Hubback,³³ J. Strachey³⁴ y J. Laplanche,³⁵ que sugieren “de ningún modo”. Y aunque ambas expresiones son válidas, tal es así que L. L. Ballesteros decide no incluirla, la estructura de la frase como la construcción teórica que Freud viene desarrollando aconseja traducirlo: “*de algún modo*”. Entonces, “la serie placer displacer indica una variación de la magnitud de la investidura en la unidad de tiempo”, es decir,

³² *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Primera versión, capítulo I, párrafo (2), p. 2).

³³ *-and not confined in any way-*: S. Freud, *Beyond the Pleasure Principle*; Trans. by C. J. M. Hubback, London, Vienna: International Psycho-Analytical, 1922, edited by E. Jones, No. 4; Bartleby.com, 2010.

³⁴ *-but is not in any way “bound”-*: S. Freud, *Beyond the Pleasure Principle*, Standard Edition (SE), XVIII, Londres, The Hogarth Press, 1961, pp. 7-65. Traducción: J. Strachey.

³⁵ *-et qui n’est liée en aucune façon-*: S. Freud, *Au-delà du principe de plaisir*, Œuvres complètes, XV, Paris, PUF, 1996, pp. 273-338.

interviene la cantidad de excitación presente —y no ligada de algún modo—; en cambio, “la... tensión —en el nivel de investidura— apunta a la magnitud o altura absoluta”, es decir, irrumpe, a partir de una cierta intensidad del trauma, la cantidad de excitación —no ligada de ningún modo— (Freud, 2015: 385).³⁶

En síntesis, la investidura libremente móvil —y no ligada de algún modo—, enmarcada por el ritmo, es transferida, desplazada y condensada por el proceso primario; la investidura libre —y no ligada de ningún modo— no se puede atribuir a otra cosa que a la irrupción de lo no-ligado: la intervención de “un fragmento de agresión libre” derivado de la pulsión de muerte (Freud, 1937: 384 [246]).

Interviene una angustia nueva con un soporte propio que sorprende a un sujeto indefenso: el horror (*Schreck*) que, en el capítulo II de *Más allá*, Freud diferencia de la angustia y del miedo.

En la 32ª conferencia, *Angustia y vida pulsional*, Freud retoma lo traumático y lo redefine en su acepción temporal. Llama momento traumático (*traumatischer Moment*) a una situación en la que fracasan los empeños del principio de placer. Sólo la magnitud de la suma de excitación hace de una impresión (*Eindruck*) un momento traumático (es decir, una marca no visible de goce), paraliza la operación del principio de placer, confiere su significación a la situación de peligro. La experiencia clínica le dice de manera categórica que

momentos traumáticos de esa especie suceden en efecto en la vida anímica sin relación con las presuntas circunstancias de peligro, y entonces, a raíz de ellos, la angustia no se despierta como señal, sino que nace como algo nuevo con un soporte propio (Freud, 2003: nota 21, p. 70).

³⁶ *Ibid.*, S. Freud, *Jenseits* (Segunda versión, capítulo VII, párrafo [5a], p. 42’).

Falta que distinga en *Jenseits*, como ocurre un poco después, principio de nirvana y principio de placer y la existencia en el terreno de lo ligado de tensiones placenteras y distensiones displacenteras cuando “dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para volverse, ellos mismos, metas” (Freud, 1924: 343 [79]).

Con el masoquismo pues hay un cambio de meta: se subvierte la regla del principio de placer. Como Freud señala, el analizante

busca —en el terreno de lo ligado— la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, en la relación de transferencia con el analista, y hasta puede querer resarcirse por ese camino de todas las renunciaciones que se le imponen en los demás campos (Freud, 1919: 245 [159]).

En cambio, en el terreno de lo no-ligado se trata —además de la irrupción y de la intervención de esa angustia nueva— de una satisfacción de otro orden,³⁷ de un goce que, en la repetición, actúa contra la vida, velando —un paso más— ese material *Icc* que permanece no-reconocido,³⁸ la imposibilidad con que el sexo se inscribe en el inconsciente.

³⁷ Vale decir, del *ello* como goce mudo que no piensa y reúne, diferenciándose de la frase superyoica, la voz del *súper-yo* con el destino. Y así, “en el deber moral vuelve a aparecer la ligadura de padre del *ello* a través del *súper-yo*”. J. C. Cosentino, “El *súper-yo* como representante del *ello*”, en S. Freud, *El yo y el ello. Manuscritos inéditos y versión publicada*, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2011, pp. 561-63.

³⁸ J. C. Cosentino, “Un relectura del *Icc*”, en S. Freud, *El yo y el ello. Manuscritos inéditos y versión publicada*, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2011, pp. 513-17 y 547-48.

Bibliografía

- Cosentino, J. C. (2015). "Una formulación no habitual", en S. Freud, *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*, Texto bilingüe. Edición y comentarios Juan Carlos Cosentino, Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.
- Freud, S. (1916-17). 23ª conferencia: *Los caminos de la formación de síntoma* (1916-17), Studienausgabe (SA), I, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1997 Amorrortu (AE), XVI, Buenos Aires: 1986).
- Freud, S. (1932). 31ª conferencia *La descomposición de la personalidad psíquica*. SA, I (AE, XXII, pp. 69-70).
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (cap. VII, punto E), *Gesammelte Werke* (GW), II-III, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1999 [AE., V, pp. 590-1]).
- Freud, S. (1919). *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*, SA, Erg., (AE., XVII).
- Freud, S. (1924). *El problema económico del masoquismo*, SA, III y en "El problema económico", Buenos Aires: Imago Mundi y URL: <http://www.juancarloscosentino.com.ar/>
- Freud, S. (1926). *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (capítulo IV), GW, XIV (AE, XX).
- Freud, S. (1937). *Análisis terminable e interminable*, SA, Erg., (AE, XXIII).
- Freud, S. (1938). *Esquema del psicoanálisis* (I, I), GW, XVII (AE, XXIII).
- Freud, S. (2003). "Anotaciones ampliadas sobre las neuropsicosis de defensa", en *Primera clínica freudiana*, Buenos Aires: Imago Mundi y URL: <http://www.juancarloscosentino.com.ar/>

Lacan, J. (1959-60). *El Seminario, libro VII, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975). "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma", en *Intervenciones y textos II*, Buenos Aires: Manantial.

La repetición como acontecimiento actual

JUAN CARLOS COSENTINO

Introducción³⁹

Entre las tres versiones que Freud guardó del capítulo III, la manuscrita, la mecanografiada y la primera edición de 1920, se observan algunas tachaduras, escasos agregados y pocas modificaciones. Las innovaciones aparecen en la reedición de 1921 y posteriormente en la de 1923.

³⁹ Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación “*La clínica psicoanalítica y el supuesto de la pulsión de muerte*” dentro de los Proyectos de Investigación Bianuales 2011-2013, de la Facultad de Psicología y Relaciones Humanas, de la UAI, Director: Dr. J. C. Cosentino.

Tabla de equivalencias

Primera versión escrita a mano 1919	Segunda versión escrita a máquina, con correcciones a mano 1920	Versión publicada 1920	Primera reedición 1921	Segunda reedición 1923	Tercera reedición 1925
Capítulo III	Capítulo III 1) Agregado y 2) referencia para pie de página que amplían tercera frase del párrafo [5].	Capítulo III 1) nota a pie de página, párrafo [2]	Capítulo III 1) Un cambio en el párrafo [3] 2) Agregado de una oración y ampliación de la siguiente en el párrafo [6]	Capítulo III 1) Nota añadida en párrafo [3] 2) Modificación en párrafo [8] con la introducción de una disputa	Capítulo III No hay cambios

Freud destaca de entrada que veinticinco años de trabajo intenso han traído consigo que las metas más inmediatas de la técnica psicoanalítica sean totalmente otras que al comienzo (Freud, 1920). Al principio, el psicoanálisis era un arte de interpretación. Pero como la tarea así no quedaba resuelta, se pretendió instar al enfermo a confirmar la construcción por medio de su propio recuerdo. En este segundo período, el peso principal recayó en las resistencias. El arte consistía, a través de la influencia humana (el lugar de la sugestión que obra como “transferencia”), en moverlo a su abandono.

Sin embargo, fue cada vez más evidente que la meta fijada, volver conciente lo inconsciente, tampoco se alcanzaba plenamente por esa vía. La novedad hallada por Freud es que “el enfermo puede no recordar todo lo reprimido”.

mido que hay en él, tal vez... lo esencial”. Así, no adquiere ninguna convicción sobre lo acertado de la construcción propuesta. “Más bien se ve forzado a repetir lo reprimido *als gegenwärtiges Erlebnis*, como una experiencia vivida actual, en lugar de recordarlo, como el médico preferiría, cual un retazo del pasado”.

El enfermo en vez de recordar (*erinnern*) un retazo (*Stück*) del pasado, lo repite (*wiederholt*) como un acontecimiento actual. Y “esta reproducción (*Reproduktion*), que sobreviene con fidelidad no deseada, tiene siempre como contenido un retazo de la vida sexual infantil”.

Y como se trata de la reproducción de la *Wiederholungszwang*, este proceso

regularmente tiene lugar en el territorio de la transferencia, es decir, de la relación con el médico. Y en ese punto —donde observaremos que no hay fluctuación entre repetición y reproducción— la neurosis anterior ha sido sustituida por una nueva neurosis... la neurosis de transferencia.

El analista “se ha esforzado por circunscribir... el terreno de esta neurosis de transferencia” apremiando el recuerdo y limitando la repetición.

Por regla general, no puede ahorrarle al analizado esta fase de la cura; debe dejar que re-viva de nuevo (*wiedererleben*) un determinado retazo de su vida olvidada, cuidando de que se mantenga una medida de discernimiento, de superioridad (*von Überlegenheit*) para que la realidad aparente sea reconocida una y otra vez como reflejo, como un efecto de espejo (*als Spiegelung*), de un pasado olvidado (Freud, 2015: 39-41 y 2004a: 10-11).

No hay que perder de vista que de entrada este “más allá” se presenta como repetición de una experiencia vivida actual, de un acontecimiento actual⁴⁰ y que, también, asoma la cuestión de la posición del analista, a la que Freud apunta —con la neurosis de transferencia— y luego retomará.

La repetición de lo reprimido

Pero antes sigamos las articulaciones que propone el texto. Freud distingue entre el recordar y la reproducción de la *Wiederholungszwang*: el paciente repite en vez de recordar. Hasta aquí, se trata de la repetición de lo reprimido como el hecho de la compulsión a la repetición.

Así, en este primer momento, para encontrar más comprensible esta “compulsión a la repetición” que se manifiesta durante el análisis es necesario ante todo liberarse del error de que, en la lucha contra las resistencias, uno tiene que vérselas con la “resistencia de lo inconsciente”. “Lo inconsciente, es decir, lo reprimido, no ofrece ninguna resistencia a los esfuerzos de la cura; no anhela otra cosa más que abrirse paso, en contra de la presión que gravita sobre él, hacia la conciencia...”

¿De donde procede pues la resistencia? “La resistencia en la cura procede de las mismas capas superiores y sistemas de la vida psíquica que, en su momento, hicieron efectiva la represión”. Y como dichas resistencias “son al principio inconscientes en la cura”, debemos corregir “un desacierto de nuestro modo de expresión”. Hay que

⁴⁰ “La práctica de los escritos de Freud permite apreciar que su relación con el acontecimiento es una relación de resguardo, como si se tratase de un rescoldo: porque son el acontecimiento, puede decirse que lo cobijan”, J. Lacan, “Seminario VII”, en *Reseñas de enseñanza*, Bs. As., Manantial, 1984.

contraponer no lo conciente y lo inconsciente, sino el yo ensamblado, *das zusammenhängende Ich*,⁴¹ y lo reprimido. Y como “aun en el yo es mucho lo inconsciente, precisamente lo que estamos autorizados a denominar el núcleo del yo; abarcamos sólo una pequeña parte de eso con el nombre de *preconciente*”.

Con esta sustitución de un modo de expresión meramente descriptivo por uno sistemático o dinámico —anticipando el segundo momento— se puede sostener que la resistencia de los analizados parte de su yo. Pero, entonces, ¿qué ocurre con la compulsión a la repetición? Enseguida advertimos —anuncia Freud— que hay que adscribirla a lo reprimido inconsciente. Probablemente no pueda exteriorizarse antes de que el trabajo que propicia la cura haya atenuado la represión.

¿Qué sucede en esta circunstancia con la represión?

No hay duda de que la resistencia del yo conciente y preconciente está al servicio del principio de placer, en efecto, quiere evitar el displacer que se suscitara por la liberación de lo reprimido y nuestro empeño tiende a hacerle lugar a ese displacer bajo la invocación del principio de realidad. Sin embargo ¿en qué relación está con el principio de placer la compulsión a la repetición, la manifestación de la fuerza de lo reprimido? (Freud, 2015: 61 y 2004a: 11-2).

La compulsión a la repetición, como manifestación de la fuerza de lo reprimido, “saca a la luz productos de impulsos pulsionales reprimidos” que le traen displacer al yo, pero es displacer que no contradice el principio de

⁴¹ Tal como señalamos en *Das Ich und das Es*: la palabra *ensamblado*, para traducir *zusammenhängend*, transmite más adecuadamente la idea de Freud con relación al yo (*Ich*) de la segunda tópica. Ver: S. Freud, *El yo y el ello*. Manuscritos inéditos y versión publicada, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2011, p. 378.

placer, pues “es displacer para un sistema y, al mismo tiempo, —cuestión que se modificará—⁴² satisfacción para el otro” (Idem).

En este primer momento, como ocurría en 1915, surgen las resistencias (del yo consciente y preconsciente) a ocuparse de lo reprimido-icc. Y precisamente, una de las resistencias a “vencer (*überwinden*) en el análisis es producida por el yo” que “quiere evitar el displacer que se suscitara —al intentar obedecer la regla fundamental del psicoanálisis— por la liberación de lo reprimido”.⁴³ A continuación, *el inconsciente, es decir, lo “reprimido”* —como indicamos— *no opone resistencia a los empeños de la cura; e incluso sólo aspira a abrirse paso hacia la conciencia...*

Así, la compulsión a la repetición como manifestación de la fuerza de lo reprimido o cuando la adscribimos a lo reprimido inconsciente nos indica que “el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en la insistencia de la cadena significativa” (Lacan, 1957:5). Aunque

su noción se presente aquí —en el texto freudiano— como destinada a responder a ciertas paradojas de la clínica, tales como los sueños de la neurosis traumática o la reacción terapéutica negativa (Ibid:39).

⁴² “Si los dos sistemas fueran inversos el uno del otro —señalaba Lacan en 1955— tendría que llegarse a una ley general de equilibrio, y, por una vez, habría un análisis del yo que sería el análisis del inconsciente al revés... Freud se percató de que algo no satisface el principio del placer... pues lo que sale de uno de los sistemas —el del inconsciente— tiene una insistencia... muy particular. Digo insistencia porque la palabra expresa bien... el sentido de lo que en francés se tradujo —con los ecos de toda una ascendencia neurológica— por automatismo de repetición, *Wiederholungszwang*. Se trata de compulsión a la repetición y por eso creo hacer algo concreto introduciendo la noción de insistencia”, en *El Seminario, libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis* (V), Bs. As., Paidós, 1983, p. 98.

⁴³ S. Freud, “Los cinco tipos de resistencia”, en *El problema económico*, Bs. As., Imago Mundi, 2005, pp. 77-78 y en *Inhibición, síntoma y angustia* (XI. Addenda; A. Modificación de opiniones anteriores; a. *Resistencia y contraínterdependencia*), SA, VI, 295-98 (AE, XX, 147-50).

La investidura libremente móvil y no ligada de algún modo

Esta formulación —el inconsciente sólo aspira a abrirse paso— coincide con una innovación que introduce en el capítulo V: el énfasis está puesto en las investiduras y ya no en las representaciones. 1. Los impulsos que proceden de las pulsiones no se atienen al tipo del proceso ligado sino al libremente móvil. ¿Qué ocurre en el inconsciente, a diferencia del preconciente, con la investidura libremente móvil —y no ligada de algún modo—? 2. Las investiduras —como se verifica en el trabajo del sueño— pueden ser transferidas, desplazadas y condensadas de modo fácil y completo por el proceso psíquico primario.

Tal como señalamos en los capítulos I y VII,⁴⁴ lo que anuncian las rupturas, sus diferentes caras, la pulsión de placer como aquel principio de placer que excede el marco de la homeostasis cuando se conectan con la satisfacción sustitutiva de esa energía de investidura libremente móvil y no ligada de algún modo que “sólo tiene la aspiración de procurar satisfacción a las necesidades pulsionales con observancia del principio de placer”. Así, “las leyes del pensamiento, sobre todo el principio de contradicción, no rigen para estos procesos” (Freud, 1933: 511 [68-69]). 3. Y con esta novedad —el inconsciente no resiste, insiste— las investiduras libremente móviles, transferidas, desplazadas y condensadas por el proceso primario, hacen pasar,

⁴⁴ J. C. Cosentino, “Anexo. El giro de 1920”, en S. Freud, *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*, Texto bilingüe. Edición y comentarios Juan Carlos Cosentino, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2015, pp. 577-89 y 677-94.

trasladan la satisfacción sustitutiva al icc.⁴⁵ Surge, así, “el segundo peligro⁴⁶ que amenaza a la fuerza pulsional del análisis”. Freud descubre que el paciente

busca la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, en la relación de transferencia con el analista, y hasta puede querer resarcirse por ese camino de todas las renunciaciones que se le imponen en los demás campos.⁴⁷

Un poco después, con el nuevo capítulo VI, suma a la traducción teórica del material clínico la llamada hipótesis especulativa para representar lo irrepresentable, lo que subsiste allende el principio de placer. Luego, en 1924, se produce el encuentro de la hipótesis de la pulsión de muerte con el masoquismo erótico, originario, que provoca una torsión: la condición primaria del masoquismo altera la relación del sujeto con la satisfacción. Se trata de una satisfacción de otro orden: el sujeto encuentra placer, más allá del principio, en el *displacer*, hay lugar para el goce. Hay pues un cambio de meta: se subvierte la regla del principio de placer, la satisfacción sustitutiva no es sin *displacer*. Con el goce ya no se trata de *displacer* para un sistema y, al mismo tiempo, satisfacción para el otro. La

⁴⁵ Y así, “hacer pasar el goce al inconsciente, es decir, a la contabilidad, es en efecto un impresionante desplazamiento”. J. Lacan, “Radiofonía” (III), en *Otros escritos*, Bs. As., Paidós, 2012, pp. 442-43.

⁴⁶ “El —primer— peligro amenaza desde dos lados. Por uno, el paciente, cuya condición de enfermo ha sido conmovida por el análisis, se empeña con la mayor diligencia en procurarse en remplazo de sus síntomas nuevas satisfacciones sustitutivas, que ahora no van acompañadas de padecimiento... Empero, la persona curada a medias puede emprender también unos caminos menos inocentes... matrimonio infeliz y achaque físico son los sucedáneos más usuales de la neurosis. Satisfacen la conciencia de culpa (necesidad de castigo) en virtud de la cual muchos enfermos se aferran tan tenazmente a su neurosis. Y la actividad del médico debe exteriorizarse en una enérgica intervención contra las satisfacciones sustitutivas” S. Freud (1919), *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*, SA, Erg., p. 245 (AE., XVII, p. 159).

⁴⁷ Ídem.

segunda ruptura —la investidura libre y no ligada de ningún modo— redefine a la primera. La investidura libremente móvil —y no ligada de algún modo— que hace pasar la satisfacción sustitutiva al *icc* se juega en el campo del principio de placer pero agujereado por el displacer.⁴⁸ Freud aun no termina de atravesar la ganancia de placer (*Lustgewinn*) del *icc* por el disimétrico displacer.⁴⁹

La rememoración y el automatismo de repetición

Lacan en el seminario sobre *La transferencia* introduce el *drive* involucrado en la posición del analista y cuestiona el llamado *drive* parental.

¿Si el médico está aquí armado del *drive* parental cómo no ver que no hay absolutamente nada que se distancie de la respuesta normal del sujeto a la situación y de todo lo que podrá ser enunciado como la repetición de una situación pasada?

Ni siquiera —añade— hay forma de articular la situación analítica sin plantear, al menos en algún lugar, la exigencia contraria. ¿Cómo enlazar pues la situación analítica? Acto seguido, nos invita a leer el tercer capítulo de *Más allá*.

En el seminario publicado leemos:

⁴⁸ Para “investidura libremente móvil y no ligada...” ver: “Nota introductoria a la segunda versión del capítulo I”, en S. Freud, *Más allá del principio de placer*. Manuscritos inéditos y versión publicada. Texto bilingüe. Edición y comentarios Juan Carlos Cosentino, Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2015, pp. 173-76.

⁴⁹ Con Lacan nos deslizamos de “la repetición como diferencia” a ese borde donde “ello habla, ello goza, y no sabe nada”, pues, ese saber está perfectamente limitado al goce insuficiente que constituye el que hable (*El Seminario, libro 20, Aun* [IX. “Del barroco], Bs. As., Paidós, 1981, p. 128).

Veán por ejemplo el tercer capítulo de *Más allá del principio de placer*. Freud, retomando la articulación de la que se trata en el análisis, establece efectivamente *la distinción entre la rememoración, la reproducción y el automatismo de repetición, Wiederholungszwang*, en tanto considera a este último como un semi-fracaso de la perspectiva rememorativa del análisis, como un fracaso necesario (Lacan, 1960-61: 229-31).

En *Le transfert dans tous ses erratas* y otras versiones:

Y por ejemplo el capítulo III de *Más allá del principio de placer*, cuando efectivamente Freud, retomando la articulación de la que se trata en el análisis, establece *la distinción entre la rememoración y la reproducción del automatismo de repetición, Wiederholungszwang*, en tanto considera a este último como un semi-fracaso de la perspectiva rememorativa del análisis, como un fracaso necesario.⁵⁰

Freud no distingue entre tres términos: la rememoración, la reproducción y el automatismo de repetición; sino entre dos: la rememoración o recuerdo y la reproducción del automatismo. En el párrafo (2) sostiene que el paciente repite lo reprimido —y subraya: como una experiencia vivida actual— en lugar de recordarlo cual un retazo del pasado. Luego añade: “esta reproducción que sobreviene una y otra vez contiene un retazo de la vida sexual infantil... y tiene lugar en el territorio de la transferencia” (Freud, 2015: 85 y 2004a: 11). Efectivamente, se aleja de la rememoración, pues considera a la reproducción del automatismo de repetición, *Wiederholungszwang*, como semi-fracaso del recordar e introduce como tercer término la experiencia vivida actual.

⁵⁰ J-C. Aguerre, J. Allouch y otros, *Le transfert dans tous ses erratas*, Paris, EPEL, 1991, pp. 86-88 y *Nouvelle transcription Staferla*, en <http://www.valas.fr/Jacques-Lacan-Le-transfert-VIII-1960-1961>, 271.

Es decir, el analizante repite (*wiederholt*) en vez de recordar (*erinneren*) y esta repetición de lo reprimido pero como acontecimiento actual, es el eje —segundo momento— de la compulsión a la repetición.

Y con el fracaso de la rememoración, continúa el párrafo anterior:

Hasta llega —en el seminario publicado— a poner a cuenta de la estructura del yo (*moi*) —en la medida que en este estadio de su elaboración, trata de fundar dicha instancia como en gran parte inconsciente— la función de la repetición, desde luego no esta función toda entera, porque todo el artículo es para mostrar que hay un margen, sino su parte más importante. La repetición es puesta a cuenta de la defensa del yo, mientras que la rememoración reprimida se considera el verdadero término, el último, de la operación analítica, quizás considerado todavía, en este momento, inaccesible.

“llegando —en *Le transfer* y otras versiones— a poner a cuenta de la estructura del yo (*Moi*) (en la medida que intenta en este estadio de su elaboración, fundar la instancia como en gran parte inconsciente), *attribuir*⁵¹ y *colocar a cargo*, no el todo, pues sin duda todo el artículo está hecho para mostrar que hay un [camino] ‘margen’, sino la parte más importante de esta función de repetición, a cargo de la defensa del yo, [en] ‘contra’ la rememoración reprimida considerada como el verdadero término, el término último, aunque quizás en ese momento considerado como [imposible] ‘inaccesible’, de la operación analítica”.

En el seminario publicado:

El objetivo último de la rememoración tropieza con una resistencia que es situada en la función inconsciente del yo. Siguiendo esta vía de elaboración, Freud nos dice que hemos de pasar por allí y que, por norma, el médico no puede ahorrarle al analizado

⁵¹ “*zuzuschreiben*”, también “adscribir”.

esta fase, sino que debe dejarle vivir de nuevo un pedazo de su vida olvidada. Tiene que ocuparse de ello, porque una cierta medida de *Überlegenheit*,⁵² de superioridad, se conserve, gracias a lo cual la realidad aparente, *die anscheinende Realität*, siempre podrá ser reconocida nuevamente por el sujeto como un reflejo, un efecto de espejo de un pasado olvidado (Lacan, 1960-61: 229-31).

En *Le transfert* y otras versiones:

Es pues siguiendo la vía de lo que es la resistencia en esta última perspectiva, la resistencia situada en la función inconsciente del *Moi*, que Freud nos dice que debemos pasar por allí y que, por regla general, el médico no puede ahorrarle al analizado esta fase de la cura, debe dejarlo revivir nuevamente un determinado fragmento de su vida olvidada [y que] para eso debe tomar recaudos, [porque] “que” una cierta medida de superioridad, *von Überlegenheit*, quede conservada, gracias a lo cual la realidad aparente, *die anscheinende Realität*, siempre podrá ser reconocida nuevamente como un reflejo, como un efecto de espejo de un pasado olvidado.⁵³

Se percibe una dificultad en el establecimiento del Seminario. Solo la referencia al texto de Freud que Lacan sigue incluso en las palabras que emplea, como aquella de atribuir o adscribir (*zuzuschreiben*) por ejemplo, puede permitir —tal como veremos a continuación— avanzar en la lectura de este pasaje.

Después de sustituir un modo de expresión descriptivo —señala Freud— por uno dinámico, podemos sostener “que la resistencia de los analizados parte de su yo y, entonces, enseguida advertimos que la compulsión a la repetición hay que atribuirla, adscribirla, a lo reprimido

⁵² “ein Maß von Überlegenheit”, también “una cierta medida de discernimiento”.

⁵³ J-C. Aguerre, J. Allouch y otros, *Le transfert dans tous ses erratas*, op. cit., pp. 86-88 y *Nouvelle transcription Staferla*, en <http://www.valas.fr/Jacques-Lacan-Le-transfert-VIII-1960-1961>, 271.

inconsciente”. Y “probablemente —primer momento— no pueda exteriorizarse antes de que el trabajo que propicia la cura haya atenuado la represión” (Freud, 2015: 87 y 2004a: 12). Se trata en esta ocasión de la resistencia operada por el yo, que quiere evitar el displacer que trae la irrupción de lo reprimido.

Como puede observarse Lacan realiza un desplazamiento que va de lo reprimido inconsciente al *Moi*. Se refiere a *atribuir* y *colocar* a cargo de la defensa del yo la parte más importante de esta función de repetición [en] <contra> la rememoración reprimida.

Efectivamente, el cometido que se le plantea al análisis no es sólo suspender las resistencias que manifiesta el yo a ocuparse de lo reprimido. El escenario inesperado —el registro de lo económico— es que aún interviene una resistencia que “proviene de su yo y es propia de él” (Freud, 2011: 488). ¿A cargo de la defensa del yo la parte más importante de esta función de repetición? Un poco después emergen en *Inhibición* las resistencias mayores. Así, el corolario de una cura analítica dependerá fundamentalmente de la intensidad y la profundidad de amarre de las resistencias de la alteración del yo.

Finalmente, en el *Seminario VIII* leemos:

Dios sabe a qué abusos de interpretación se prestó la puntuación de esta *Überlegenheit*. Es en torno a esos excesos que toda la teoría de la alianza con la parte supuestamente sana del *moi*, ha podido edificarse.

Sin embargo, en este párrafo no hay nada semejante. Lacan pone de relieve lo que, de pasada, tiene que haber resultado visible a los analistas. En la construcción de la frase en idioma alemán se destaca “el carácter de alguna manera neutro, ni de un lado ni del otro, de esta *Überlegenheit*” (Lacan, 1960-61: 231).

La repetición como acontecimiento actual

Por una parte, la referencia a la transferencia no hay que limitarla únicamente a los efectos de reproducción, de repetición. A fuerza de insistir en el elemento histórico, en la repetición de lo vivido, se corre el riesgo de dejar de lado toda una dimensión no menos importante. ¿Qué dimensión? “La dimensión sincrónica, precisamente la propia de aquello que está incluido, latente, en la posición del analista, a través de la cual la función del objeto parcial ocupará el espacio que la determina” (Lacan, 1962-63: 106).

Por otra, Freud insiste, “el paciente repite... y esta repetición... como acontecimiento actual” es el meollo de la compulsión a la repetición que se configura como nueva experiencia vivida (*neuem Erlebnis*), se separa de lo reprimido y toma otro sesgo.

Lacan, algunos años después, no deja dudas: en los textos de Freud, repetición no es reproducción.

Nunca hay oscilación en este punto: *Wiederholen* no es *Reproduzieren*. Reproducir es lo que se creía poder hacer en la época de las grandes esperanzas de la catarsis. Conseguían una reproducción de la escena primaria como uno consigue ahora obras maestras de la pintura por nueve francos cincuenta. Sólo que Freud nos indica cuando da los pasos siguientes, y no tarda mucho en darlos, que nada puede ser captado, destruido, quemado sino, como se dice, de manera simbólica, *in effigie*, *in absentia* (Lacan, 1964: 58).

Y un poco después pregunta:

en el fundamento radical de este concepto ¿cómo no tener —el analista mismo— ninguna participación en las reacciones y particularmente no estar allí como analista, sino simplemente ser capaz de puntuar lo que estas reacciones tienen en sí

de recuperación (*reprise*), de reproducción de comportamientos anteriores, de etapas vividas por el sujeto que las reproduce, las actúa en lugar de recordarlas? (Lacan, 1967-68, 22-XI-67).

Ya en 1914, con la reformulación de los soportes de su práctica el trabajo del recuerdo no es nunca exhaustivo. La compulsión a la repetición “equivale a convocar un retazo de vida real”.⁵⁴ Está en juego la relación de la *Wiederholungszwang* con lo real.

La repetición... no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la reproducción o la modulación por la conducta de una especie de rememoración actuada. La repetición es algo cuya verdadera naturaleza está siempre velada en el análisis, debido a la identificación, en la conceptualización de los analistas, de la repetición y la transferencia. Cuando, precisamente, hay que hacer la distinción en ese punto.

De esta forma, “solo a partir de la función de lo real en la repetición podremos llegar a discernir esa ambigüedad de la realidad que está en juego en la transferencia” (Lacan, 1964: 62).

Se inicia el segundo movimiento. El nuevo y singular hecho revelado en este apartado

es que la compulsión a la repetición devuelve también experiencias vividas (*Erlebnisse*) del pasado que no contienen posibilidad de placer, que tampoco en aquel tiempo pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de impulsos pulsionales reprimidos desde entonces.

⁵⁴ S. Freud, *Recordar, repetir y reelaborar*, SA, Erg., pp. 205-15 (AE, XII, pp. 149-57). Ver también, J. C. Cosentino, “La transferencia del síntoma”, en *Lo real en Freud: sueño, síntoma, transferencia*, Bs. As. Manantial, 2000, pp. 75-96.

Ahora bien, “todas estas ocasiones no deseadas y circunstancias afectivas dolorosas son repetidas en la transferencia y revividas de nuevo (*neu belebt*) con gran destreza por los neuróticos”.

Así, cuando no se puede evitar que resurja la repetición como si fuera una nueva experiencia vivida (*neuem Erlebnis*), pues una compulsión apremia en esa dirección, se esboza una dificultad del aparato psíquico. La diferencia entre *Erlebnis* y *Erfahrung* que aún no ha aparecido en este párrafo [6], con los agregados que va a incorporar en la primera reedición, permitirán iluminarla.

Nada de todo esto —primera versión— podía ser portador de placer en aquel tiempo; se pensaría que hoy, si surge como recuerdo, debería aportar un displacer menor que si se configura como nueva experiencia vivida (*Erlebnis*). Sin embargo, una compulsión apremia hacia esto último (Freud, 2015: 89 y 2004a: 13).

Nada de todo esto —segunda versión— podía ser portador de placer en aquel tiempo; se pensaría que hoy, si surge como recuerdo o en sueños, debería aportar un displacer menor que si se configura como nueva experiencia vivida (*Erlebnis*). Se trata, naturalmente, de la acción de pulsiones que debían llevar a la satisfacción; sin embargo, la experiencia (*Erfahrung*) de que, en lugar de esto, ya entonces aportaron sólo displacer, no sirvió de nada. Se la repite pese a todo; *una compulsión apremia en ese sentido* (Freud, 2015: 453).

Esta nueva oración y el añadido que recibe la última frase fueron sumadas recién en 1921. En este pasaje ampliado se advierte con claridad la diferencia en el uso que Freud hace de dos términos alemanes que traducimos por “experiencia” (*Erfahrung*) y por “experiencia vivida” (*Erlebnis*).⁵⁵ *Erfahrung* se refiere a aquello que precipita a

⁵⁵ Etcheverry utiliza para *Erlebnis* “vivencia”, mientras que López Ballesteros emplea “suceso”.

partir de haber experimentado determinadas situaciones (lo que “enseña” la experiencia). *Erlebnis* apunta más al impacto producido en el sujeto por un suceso al “vivirlo”. Es decir, ambos términos implican diferentes nociones de la experiencia. *Erfahrung* supone ya un procesamiento o una cierta elaboración de la experiencia. *Erlebnis* suele indicar algo previo a cualquier diferenciación, connota una variante de la experiencia más cercana, prerreflexiva y singular que *Erfahrung*. Para Freud entraña una reacción inmediata frente a “las impresiones infantiles (*Kindheitseindrücke*) muy tempranas”. Ciertos “casos designados traumáticos porque los efectos se remontan de manera inequívoca a una o varias impresiones de aquella época temprana que se han sustraído de una tramitación normal” (Freud, 1939: 522-23 [70]).

En este pasaje está diciendo que el hecho de que la experiencia vivida (*Erlebnis*) original no haya producido placer en su tiempo no sirvió como experiencia (*Erfahrung*) para evitar que reaparezca la repetición como si fuese una nueva experiencia vivida (*Erlebnis*), como si fuese un acontecimiento actual.⁵⁶ ¿Cuál es la dificultad del aparato psíquico? No aprende de la experiencia.⁵⁷

Años después, a partir del material que producen sus pacientes, reconstruye ciertos otros procesos que escapan a la cadena asociativa y que siempre tienen un gran efecto en los respectivos análisis: acontecimientos impresionantes (*eindrucksvolle Ereignisse*) de la más temprana

⁵⁶ Ver también, S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, op. cit., pp. 287-88.

⁵⁷ Anticipado en el *Manuscrito K* con la fuente independiente —del principio de constancia— de libramiento (*Entbindung*) de displacer, que diferencia, entonces, de descarga (*Abfuhr*) y de transferencia (*Übertragung*). A partir de esta fuente, lo que se libra (*entbinden*), se desprende, emana, se libera, permanece en el aparato psíquico como algo perturbador, y le exige un trabajo para el que, en general, éste no está preparado.

infancia. Cabe destacar que en el historial del “Hombre de los Lobos” Freud se refiere a la activación (*die Aktivierung*) en el sueño —adrede evita la palabra “recuerdo” (*Erinnerung*)— de la escena primordial que tiene el mismo efecto que si ella fuera una experiencia vivida reciente, y deja abierta la vía para establecer una diferencia. ¿Cuál? Entre las huellas mnémicas (*Erinnerungsspuren*) reprimidas u olvidadas y las huellas de impresiones (*Eindrucksspuren*) inconscientes. Justamente, “lo que esa noche se activó, *Was in jener Nacht aktiviert wurde*, en el sueño” (Freud, 1918: 156 [36]).

Así, “los traumas son experiencias vividas en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, las más de las veces de lo visto y oído, vale decir, experiencias vividas o impresiones” (*Die Traumen sind entweder Erlebnisse am eigenem Körper oder Sinneswahrnehmungen, meist von Gesehenem und Gehörtem, also Erlebnisse oder Eindrücke*) (Freud, 1939: 523 [72]). Es decir, el encuentro fallido con lo real.

Lo real está más allá del automaton, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre tras el automaton, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésa (Lacan, 1964: 62).

Finalmente, en *Moisés*, esos procesos conducen a los fenómenos residuales del trabajo analítico que operan no como verdad reprimida sino como restos del análisis. ¿Qué sucede, pues, con la causalidad? Solo a posteriori del

trabajo analítico se produce como habiendo sido la causa; recién entonces intervienen esos retazos.⁵⁸ Hace falta, pues, inscribirlos como producción del análisis.⁵⁹

Bibliografía

- Freud, S. (2015). *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas*. Texto bilingüe. Edición y comentarios: Juan Carlos Cosentino. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.
- Freud, S. (2011). *El yo y el ello*. Manuscritos inéditos y versión publicada. Texto bilingüe. Edición y comentarios: Juan Carlos Cosentino. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.
- Freud, S. (2004 a). “Jenseits des Lustprinzips” [g], Holograph manuscript, pp. 1-34, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C.
- Freud, S. (2004 b). “Jenseits des Lustprinzips” [g], Holograph and typewritten manuscript, bound, pp. 1-42, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C.

⁵⁸ En *El Seminario, libro 23, El sinthome*, Lacan usa el término “pedazos de real” (*bouts de réel*). Leemos: “lo real... es siempre un pedazo (*bout*), un troncho (*trognon*). Ciertamente, es un trozo en torno del cual el pensamiento teje historias, pero el estigma de este real como tal es no ligarse (*relier*) a nada” (Bs. As., Paidós, 2006, p. 121).

⁵⁹ Un poco después, los efectos de verdad no agotan la tarea analítica. El *Icc* notado reprimido se erige de la traza de lo imposible de reconocer, lo imposible de inscribir la relación sexual. En *El Seminario, libro 20, Aun*, leemos: “hay relación de ser que no puede saberse... en tanto que ese saber imposible será, por ello, en entredicho (*interdit*). Aquí —agrega Lacan— juego con el equívoco: este saber imposible está censurado, prohibido, pero no lo está si escriben adecuadamente el entre-dicho, está dicho entre palabras, entre líneas. Se trata de denunciar a qué género de real nos da acceso” (Bs. As., op. cit., p. 145).

- Freud, S. (1939). *Moisés el hombre y la religión monoteísta*, Studienausgabe (SA), IX, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1997 (Aморrortu Editores (AE), XXIII, Buenos Aires: 1986).
- Freud, S. (1933). 31ª conferencia. *La descomposición de la personalidad psíquica*, Studienausgabe (SA), I, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1997. (Aморrortu Editores (AE), XXII, Buenos Aires: 1986).
- Freud, S. (1918). *De la historia de una neurosis infantil* (el “Hombre de los Lobos”), Studienausgabe (SA), VIII, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1997 (Aморrortu, XVII, Buenos Aires: 1986).
- Lacan, J. (1957). “El seminario sobre la carta robada”, en *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960-61). *El Seminario, libro 8, La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario, libro 10, La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). *El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1967-68). *El Seminario, libro XV, El acto psicoanalítico*, lección del 22 de noviembre de 1967, en <http://www.valas.fr/Jacques-Lacan-L-Acte-Analytique-1967-1968>, 260.